



El desafío y el sentido histórico de la unidad

*América Latina y el Caribe
frente a la geopolítica
imperial contemporánea*

Jorge Arreaza Montserrat
(compilador)



El desafío y el sentido histórico de la unidad

COLECCIÓN ALBA DE LOS PUEBLOS





COLECCIÓN ALBA DE LOS PUEBLOS

SERIE

Alternativas antisistémicas de los pueblos

DIRECTORA

Nerliny Carucí

www.albatcp.org

Cite este libro de la siguiente manera:

Arreaza Montserrat, J. (Comp.) (2024). *El desafío y el sentido histórico de la unidad. América Latina y el Caribe frente a la geopolítica imperial contemporánea*. Caracas: Ediciones ALBA y Pueblos: Instituto para el Pensamiento Original.

El desafío y el sentido histórico de la unidad

*América Latina y el Caribe
frente a la geopolítica
imperial contemporánea*

Jorge Arreaza Montserrat
(compilador)

Autores

Irene León

Félix Valdés García

Alexander Yáñez Deleuze

Pedro Sassone

Sergio Rodríguez Gelfenstein

Mireya Bolett





**© El desafío y el sentido histórico de la unidad
América Latina y el Caribe frente a la geopolítica imperial contemporánea**

Producción editorial conjunta entre ALBA-TCP
y Pueblos: Instituto para el Pensamiento Original

Jorge Arreaza Montserrat
Compilador

Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio
de los Pueblos (ALBA-TCP)
Descargue gratuitamente nuestras publicaciones en <https://www.albatcp.org/>

JORGE ARREAZA MONTSERRAT
Secretario ejecutivo de ALBA-TCP

GERMANIA FERNÁNDEZ
Directora de Comunicaciones de ALBA-TCP

NERLINY CARUCÍ
Directora editorial de ALBA-TCP

Cuidado de textos: Nerliny Carucí

Equipo de apoyo editorial: Marlene Otero, José Tomedes, Daniel Lew
y Francisco F. Herrera

Diseño de colección: José Vásquez

Diseño de portada: Nanaka Producciones

Depósito legal: DC2024001185
ISBN digital: 978-980-8082-03-6

Caracas, junio 2024

Hecho en la República Bolivariana de Venezuela

Contenido

Prólogo	
El principio de la unidad como elemento transformador	11
JORGE ARREAZA MONTSERRAT	
La unidad, la integración y las alternativas antisistémicas	21
IRENE LEÓN	
El Caribe y Latinoamérica frente a la dominación imperial	
Una ojeada a su historia	45
FÉLIX VALDÉS GARCÍA	
La unidad en el pensamiento político de Simón Bolívar	
y su influencia en la campaña de la Nueva Granada	
y la fundación de Colombia (1819)	
Lecciones que, desde la historia, nos señalan el futuro	59
ALEXANDER G. YÁNEZ DELEUZE	
Una visión doctrinaria de la unión	79
PEDRO SASSONE	



ALBA: propuesta de futuro para América Latina y el Caribe	87
--	----

SERGIO RODRÍGUEZ GELFENSTEIN

La unión latinoamericana y caribeña frente a la inteligencia artificial generativa y al proyecto de dominación globalista actual	99
--	----

MIREYA BOLETT



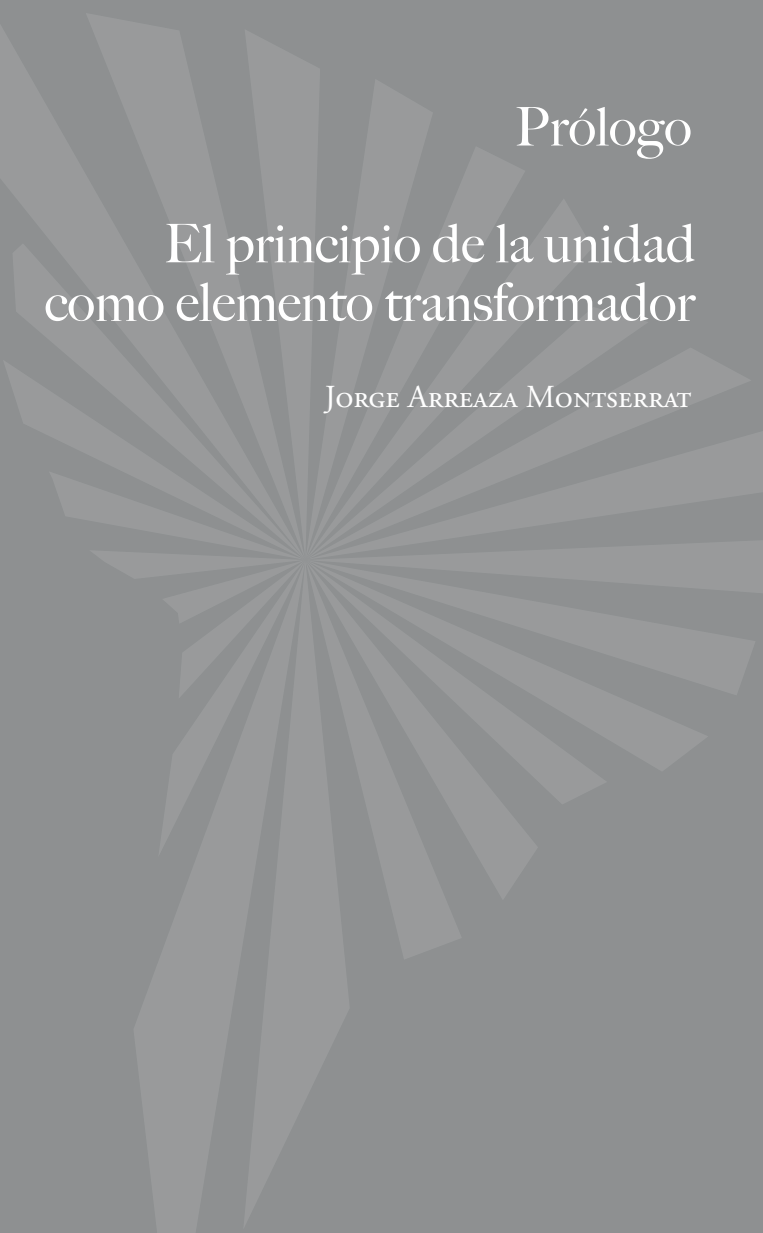
*Estamos en una crisis de modelo de “desarrollo”;
no es sustentable el modelo de desarrollo capitalista,
que el imperialismo nos impuso durante siglos,
a punta de invasiones y de atropellos:
¡no es sostenible!*

*Científicos han presentado informes donde demuestran que,
si todos los seres humanos en este planeta asumiéramos
el modo de vida de Estados Unidos,
[si] consumiéramos lo mismo que ellos consumen,
harían falta casi diez planetas similares a la Tierra,
para sostener la vida de nosotros,
con el agravante de que destruiríamos los diez planetas [...].*

*[...] el modelo capitalista, imperialista y consumista está destruyendo al planeta.
[...] ¡hacen falta revolucionarios que revolucionen la moral!
[...] Yo creo que es la gran revolución que hace falta:
o la hacemos, o este mundo se va a acabar.*

*[...] Invito a que hagamos lo que tengamos que hacer
para que [...] se defina el rumbo del Caribe
y, más allá, el rumbo de la América.*

HUGO CHÁVEZ



Prólogo

El principio de la unidad
como elemento transformador

JORGE ARREAZA MONTSERRAT



Internacionalista, con especialización en Política Social (Cendes) y con maestría en Estudios Europeos, Universidad de Cambridge (Reino Unido). Actualmente, en responsabilidades políticas como secretario ejecutivo de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP).
Correo electrónico: contacto@jaarreaa.org.ve.

Hablar de la unidad de los pueblos, en el terreno de la historia, es restituir el pensamiento bolivariano, aquí y ahora. “¡Unidad, unidad, unidad!” es el manifiesto, de tono imperativo, que sigue convocándonos, en el tiempo, como un elemento fundamental que emerge de la convicción —compartida y colectivizada— de la necesidad de luchar para alcanzar el horizonte común anhelado: la liberación continental.

Desde el sueño de Simón Bolívar y sus leales soldados de los campos de batalla, de las luchas políticas, de antes y del presente, el horizonte nos señala, a nuestra América, unida y libre. Esa es la fuerza arrolladora de los tiempos que quedó plasmada en las palabras del Libertador, durante el Congreso Anfictiónico de Panamá (1826), cuando dijo:

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos



del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces del Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

Hoy, 200 años después, la brisa emancipadora del ángel de la historia nos trae estas palabras, ¡una y otra vez!: ellas latén, a través del tiempo y del espacio, en los pueblos de América Latina, el Caribe y demás Sures globales, y en su inquebrantable sed de independencia.

No es de sorprender, pues, que el comandante Hugo Chávez —el más bolivariano ser de nuestros tiempos— nos recuerde, a diario, que “no hay solución, para el problema del colonialismo y la dependencia, dentro de las fronteras de ningún país [...]: la solución al imperialismo es [...] internacional”. Hoy, más que nunca, la unidad se concilia con nuestro tiempo como una necesidad inminente y una bandera política ineludible, frente a la decadencia de Occidente y su geopolítica imperial.

La unidad que los pueblos y el momento histórico demandan no se trata de una unidad sustantivizada, sino de una unidad con la potencia real de un horizonte de transformación y liberación. De allí, nuestro compromiso con la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), como la apuesta más fidedigna con respecto al proyecto original de unidad continental planteado por Simón Bolívar, e insuflado, en su tiempo histórico, por los comandantes Fidel Castro y Hugo Chávez. En la Alianza Bolivariana, estamos convencidos de que la respuesta de los pueblos de Abya Yala frente a todas las ideas de dominación solo puede ser regional.

Tematizar el proyecto de unidad continental como elemento transformador, frente a la concepción desarrollista



de integración (el mecanismo de subordinación al mercado de la economía capitalista mundial, que responde a la lógica de Europa y sus facsímiles), es uno de los grandes retos que tienen los pueblos, en un mundo desgarrado por la civilización moderna/capitalista.

En las siguientes páginas de este libro, les invito a vivir el espíritu y el sentido histórico de la unidad, como proyecto político de los pueblos de nuestra América, en el entendido de que este es el camino más necesario y legítimo para su liberación plena, en el marco de la nueva fisonomía planetaria que busca diseñar un mundo nuevo. Valga decir que este es el espíritu con el que notables pensadores latinoamericanos y caribeños nos comparten sus aproximaciones y reflexiones, sobre las cuales quisiera destacar algunos elementos para poner en relieve lo sustantivo del debate aquí planteado.

Esta compilación de ensayos la inicia Irene León, connotada socióloga ecuatoriana, quien nos propone un gran marco geopolítico e histórico-cultural desde donde comprender el sentido trascendental que tiene la unión de los pueblos, a través de sus movimientos, organizaciones o gobiernos, en tiempos de una pugna vital por nuestros territorios y nuestras mentes. Esta prolija investigadora, a partir de una aspiración histórica que resurge en la región, desde los anhelos de Simón Bolívar, retoma la idea de *equilibrio del universo*; espíritu que, al despuntar el siglo XXI, asumió las voces de un mundo multicéntrico o pluripolar. En esta reflexión crítica, la autora nos sumerge por profundos determinantes epocales en torno a la recomposición del capitalismo y sus poderes, y su incidencia en las orientaciones estratégicas de nuestros procesos de cambio y nuestros movimientos; temas que ameritan



nuestra debida conceptualización y nuestro accionar, en aras de la unión por la liberación plena.

En esta ruta, la contribución de Félix Valdés García resulta esencial, al identificar los elementos sociohistóricos que han caracterizado las fronteras imperiales, sus disputas y tácticas, en la región y, en especial, en los pueblos del Caribe. Valdés García nos trae al presente las permutaciones de la doctrina Monroe —que tiene sus raíces en el pensamiento calvinista que configuró a los Estados Unidos, y que el propio Thomas Jefferson le daría su carácter político expansionista— y su correlato espiritual, plasmado en la doctrina del destino manifiesto. El texto de este filósofo cubano refiere cómo el Apóstol de Cuba, José Martí, avivaría el ideario bolivariano, ante la expansión del imperio yanqui... un nuevo escenario, pero una misma proclama: “Es un mundo lo que estamos equilibrando”. Como un destello, el profesor Valdés García nos pone un pie en la clarividencia de Martí; y el otro, en las luchas de hoy, cuando sentencia: “Con el paso del tiempo, mortifica ver tanta batalla perdida; los Estados Unidos se ganan un inmerecido blandón en la guerra cultural y simbólica que nos acosa”. A todas luces, la dinámica geopolítica nos invita a una reflexión colectiva profunda del tránsito, de los terrenos e idearios que nos constituyen.

El devenir de las luchas del continente —el Caribe incluido— está transversalizado por la convicción estratégica de la unión como alternativa política ante el poder imperial. El aporte que hace el historiador venezolano Alexander Yáñez Deleuze, en su revisión acerca de la unidad en el pensamiento político de Simón Bolívar, es clave para apreciar por qué la consigna *Unidad, unidad, unidad* ha vibrado, por siglos, en el corazón de estas tierras. Yáñez plantea que “Bolívar construyó una verdadera doctrina de la unidad, como base



esencial de sus ideas políticas”; pero que estas últimas no son exclusivamente ideas: son existencia política que se transmutan en un factor de poder, entendido como fuerza, influencia y autoridad. La construcción de Colombia, la grande, estará determinada por estos principios. Así lo establece el Libertador, en su discurso de Angostura, donde, además, señala un elemento esencial de la doctrina de la unidad, necesario, imprescindible, en el presente: consenso, a nivel de las masas y de los gobiernos, para un objetivo común.

Asumir, en los huesos, en el tuétano —como, con frecuencia, aludía el comandante Chávez—, que la unidad entre los pueblos latinoamericanos y caribeños está en relación directa con la participación del pueblo, como sujeto político, es una piedra angular que desarrolla el sociólogo y diplomático Pedro Sassone, en su contribución titulada “Una visión doctrinaria de la unión”. Este pensador venezolano refleja, a lo largo de su argumentación, la importancia del protagonismo de los pueblos como sujetos de la transformación, esto es, de la consolidación de la independencia. Sassone subraya la necesidad de construir “bloques de poder, desde la unidad, desde el encuentro de los pueblos, desde el encuentro de los países, desde el encuentro de las naciones”, para poder incidir en la conformación de un mundo nuevo.

Sobre este planteamiento, Sergio Rodríguez Gelfenstein, alerta que la cooperación no puede ser de cualquier tipo. Para este analista político venezolano, la cooperación “huérfana” —esto es, sin un sentido humanitario y de respeto a la soberanía de los pueblos— carece de valor; “porque la cooperación no se puede transformar en un instrumento colonial de dominación”. En correspondencia



con Valdés García, Rodríguez Gelfenstein muestra cómo “la historia de nuestra América independiente es la historia de la confrontación entre dos ideas: la monroísta y la bolivariana”; enfrentando, ahora, una crisis sistémica que tiene, en su abanico, desde los territorios hasta la subjetividad cultural. Este internacionalista hace notar las enormes potencialidades que tiene la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) en la construcción de alternativas de libertad.

En el cierre de esta antología sobre el pensamiento unionista en nuestra América, Mireya Bolett, distinguida educadora venezolana, nos brinda una reflexión extraordinariamente necesaria en la actualidad; ella nos plantea que, si otrora los campos de batalla fueron Carabobo, Pichincha, Junín o Ayacucho, hoy, son millones los campos de batalla y, prácticamente, es invisible el enemigo imperial. La colonización que está actuando en el presente, que denominan *blanda*, puede tener consecuencias contundentes. Ella se refiere al panóptico digital que, a través de la inteligencia artificial generativa, está configurando (o reconfigurando) imaginarios en nuestros territorios y allende nuestras fronteras. Estamos hablando de novedosos dispositivos, sin recurrir a la violencia física, que están penetrando “hasta las esferas más íntimas de las personas, con la intención de crear una ciudadanía digital”; ciudadanía de sujetos-objetos, aislados de lo comunitario, homogeneizados, que configuran “una organización sociocultural con foco en el individualismo”, de acuerdo con la descripción hecha por nuestra hermana Irene León.

Esta inquietante realidad —expuesta, magistralmente, por Mireya Bolett— nos recuerda la advertencia que el



escritor africano Ngũgĩ wa Thiong'o (1981) hace, en su libro *Descolonizar la mente*:

El arma más peligrosa que blande y, de hecho, utiliza cada día el imperialismo contra el desafío colectivo de la libertad es la bomba de la cultura. El efecto de una bomba cultural es aniquilar la creencia de un pueblo en sus nombres, en sus lenguas, en su entorno natural, en su tradición de lucha, en su unidad, en sus capacidades y, en último término, en sí mismos. Les hace ver su pasado como una tierra baldía, carente de logros, y les hace querer distanciarse de esta. Les hace querer identificarse con aquello que les resulta más lejano.

No olvidemos que, desde la *hacienda* y la *plantación* de la Colonia —pasando por la doctrina Monroe o la Alianza para el Progreso, y aterrizando en el neocolonialismo cultural—, el capitalismo ha mutado, ha adquirido nuevas caras y ha refinado sus estrategias; en fin, se ha adaptado a los tiempos y se ha reinventado. De ahí, mi concordancia con la profesora Mireya Bolett en que “debemos hacer énfasis en el principio de unidad para la defensa de la identidad y la cultura, en lo que nos junta como región; es decir: profundizar en el propio sentido de lo que somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos, como seres con sentido y dadores del sentido de todo lo que nos rodea”, como principios de contrafuerza ante los nuevos rostros del capitalismo y su modelo imperialista.

Tengo la confianza en que las reflexiones y las propuestas contenidas en esta obra colectiva contribuyan, como invoca su rótulo, al desafío y al sentido histórico de la unidad en América Latina y el Caribe, ante la geopolítica imperial contemporánea. Nuestro horizonte está claro: es la



independencia. ¡No me cansaré de decirlo!: la unidad para la libertad plena es el verdadero desafío de este nuevo siglo... un desafío que amerita descolonización y creación, porque, como apunta el maestro Simón Rodríguez: “La libertad no se consigue sino pensando”. Pensar y asumir, en la práctica, el sentido histórico de la unidad es un compromiso y una responsabilidad nuestros, como nuestro es el legado bolivariano: *Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana. ¡Vacilar es perdernos!*





La unidad, la integración y las alternativas antisistémicas

IRENE LEÓN



Socióloga, con Ph. D. can., Université de Montréal (Canadá). Directora de la Fundación de Estudios, Acción y Participación Social (Fedaeaps), en Ecuador.
Correo electrónico: directora@fedaeaps.org.

Unidad, unión e integración son parte de un lenguaje constructivo: aluden a lo interrelacional, a la edificación de lo colectivo como proyecto societal. En América Latina y el Caribe, su ilación es tan profunda que resultan indisociables de toda propuesta con horizonte de sentido histórico. Estos conceptos fueron pieza constitutiva del ideal de independencia, se reencarnaron en las revoluciones del siglo XX y han inspirado las resistencias anticapitalistas y los procesos de cambio del siglo XXI. Simultáneamente, encontraron su rol como eje articulador de las iniciativas de integración soberana, que han puesto en perspectiva nuevos horizontes para el proyecto regional y sus sentidos (León, 2023).

Los ideales de unidad, unión e integración son parte de una dialéctica en la que coexisten las aspiraciones de futuro y las cosmovisiones ancestrales; pues, mientras lo primero pone en juego una proyección del bien común frente al individualismo y la competencia capitalistas, las perspectivas ancestrales, por su parte, colocan en el centro nociones de unidad e interdependencia, como articuladoras de la vida



misma. Estas interrelaciones conceptuales se reflejan en los discursos y agendas programáticas formuladas en los más relevantes procesos de cambio del siglo XXI, que articulan la superación del capitalismo y del patriarcado con la búsqueda de modelos económicos, productivos y culturales que apunten hacia un cambio del patrón civilizatorio (León T., 2021).

Más aún, la perspectiva de unidad es constitutiva de las apuestas por una revolución epistemológica mayor, que consiste en colocar la vida en el centro de toda construcción societal y desplazar la episteme de la reproducción del capital como eje de todo. Esto es patente en las conceptualizaciones del *buen vivir/vivir bien* que delinean el horizonte de cambios en las constituciones de Ecuador (Asamblea Nacional Constituyente, 2008) y del Estado Plurinacional de Bolivia (Asamblea Constituyente, 2009), así como en el postulado venezolano de socialismo del siglo XXI (Asamblea Nacional Constituyente, 2019), donde entran en escena perspectivas biocéntricas, a la vez que lo colectivo es gravitante en el diseño del Estado unitario pero diverso, y hasta plurinacional.

Los planteos de unidad, unión e integración llevan, en sí, un germen de ruptura antisistémica, en un contexto en el que, para consumir su proyecto de mercado total, el capitalismo del siglo XXI apunta hacia la disgregación de lo colectivo y el desvanecimiento del Estado. La rendición del Estado ante los poderes del capital es la condición necesaria para la delineación de un nuevo mapamundi, organizado en función de los enclaves de bienes y recursos apetecidos por los intereses corporativos, que son privados y tienden hacia un modo de gestión cada vez más individualizado, al punto que, como ejemplo, John Coates, profesor de Derecho en



Harvard, asegura que, pronto, solo 12 personas (no gestoras de capital, sino individuos) tendrán prácticamente el poder absoluto sobre la mayoría de las compañías cotizadas de Estados Unidos (Pizarro Moreno, 2023).

Así, desde la perspectiva del reposicionamiento del capitalismo que está en curso, la preeminencia de la competencia y la individualización, que son la antítesis de la unidad, son nodales para la consolidación del nuevo entramado del poder global, anclado en los poderes fácticos privados que resultan de la globalización; principalmente, el capital financiero, las corporaciones transnacionales, el complejo industrial militar de Estados Unidos y la OTAN, los consorcios comunicacionales e incluso los capitales ilícitos. A la vez, el otro componente de este nuevo modelo de acumulación, como son las tecnologías digitales —robótica, inteligencia artificial y otros—, coadyuva para una organización sociocultural con foco en el individualismo.

El horizonte de la unión y del *equilibrio del universo*

En el contexto actual, gana plena vigencia el concepto de *unión*, que es esencia del proyecto geopolítico regional planteado por Simón Bolívar (1815), como elemento sustantivo de su tesis de alcance mundial, conceptuada como *el equilibrio del universo*. Es una tesis que, además de sentar las bases para sellar un pacto de unión o confederación regional, llama a generar una fuerza internacional, conformada por todos los pueblos que fueron subyugados por los imperios europeos (Finol, 2018), para romper con las relaciones colonialistas y establecer un equilibrio interregional. El ideal bolivariano de independencia y unión se hace extensivo al



Sur, con la posibilidad abierta de crear una alianza histórica y fundamentarla en principios.

La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo deberían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa, para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a esto *el equilibrio del Universo* y él debe entrar en los cálculos de la política americana. (Bolívar, 1813)

Desde su mirada geopolítica, Bolívar enunció el advenimiento de un mundo multipolar, enfoque que, ulteriormente, fue vindicado, por Hugo Chávez (2012), como eje indivisible del proyecto de patria y de región. Asimismo, con los ojos puestos en el desarrollo de acciones estratégicas para encaminar esos ideales, Chávez visualizó la convocatoria a una *cuatricontinental*, aludiendo a la Tricontinental, creada en Cuba, en 1966. Esta fue el escenario propicio para desarrollar estrategias conjuntas entre América Latina y el Caribe, África y Asia, en pos de consolidar la independencia, la soberanía y la autodeterminación de los pueblos; así como para luchar contra el imperialismo estadounidense, la segregación racial y abogar por la paz mundial.

Sucedieron a esta propuesta, instancias como el Movimiento de Países No Alineados (Mnoal) que, junto con el Grupo de los 77+China, constituyen el polo más dinámico y numeroso en los escenarios multilaterales. A la vez, como veremos más adelante, con esa inspiración, los mecanismos de integración latinoamericana y caribeña del siglo XXI dinamizaron la relación interregional, con acuerdos económicos, geopolíticos, tecnológicos, culturales y más.



Asimismo, la tesis de la unión o confederación es un argumento compartido con las otras regiones del Sur, que también interrelacionan la autodeterminación con la capacidad de desarrollar convergencias intrarregionales para tener futuro, como enfatizó, en el caso africano, Cheikh Anta Diop:

Debemos desplazar definitivamente a la África negra hacia la vertiente de su destino federal [...] sólo un Estado federal continental o subcontinental ofrece un espacio político y económico seguro, suficientemente estabilizado, para que pueda ser implementada una fórmula racional de desarrollo económico de nuestros países con diversas potencialidades. (1984)

En Asia, que es todo un mundo dentro de este mundo, diversos procesos de soberanía, independencia y socialismo han sentado las bases para la actual confluencia, en heterogéneos espacios, de fortalecimiento geopolítico, de asociación comercial e integración; y con China, India y Rusia, como puntales de los BRICS —Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica—, esa región se perfila como el primer polo de multipolaridad. Previamente, en 1955, Asia y África hicieron agenda común en la Conferencia de Bandung que, además de plantear la cooperación económica, estableció principios para una convivencia internacional basada en el multilateralismo, la no injerencia y la autodeterminación. El Movimiento de Países No Alineados (Mnoal) vio la luz dentro de esa convergencia anticolonialista y antiimperialista.

Esta breve reseña, para enfatizar que, en buena parte del mundo, se mueven ideales y propuestas convergentes con la perspectiva bolivariana *del equilibrio del universo* que, en estos tiempos, tiene una expresión inequívoca en



la consolidación de un mundo multipolar. A su vez, este último se presenta como un gran paraguas, que alberga una diversidad de perspectivas políticas y enfoques económicos, que confluyen en la vigencia del Estado, del multilateralismo y de la geopolítica; mientras, por el contrario, el megapoder corporativo, en el que se ampara el mundo unipolar, coloca sus objetivos de acumulación por encima de los Estados y del multilateralismo, a la vez que opera en función de la geoeconomía.

Esa diferencia es definitoria en las relaciones de poder en la globalidad, toda vez que el giro del predominio de la geopolítica basada en la interacción entre Estados, hacia la geoeconomía, con preeminencia de los actores del capital, tributa a la consolidación del poder concentrado en privados, cuyo predominio tiende a afianzar la dictadura del mercado, que se impone *manu militari* en todo el mundo.

Estas dinámicas, que son la antítesis de los conceptos de unidad y bien común, se vienen afianzando a través de hechos consumados de *autorregulación* del mercado, que presionan para desbancar la legislación internacional e imponer un orden internacional basado en reglas, las cuales se elaboran a conveniencia, en instancias *ad hoc*, creadas por las propias corporaciones. En ese mismo escenario, el poder corporativo ha declarado obsoleto al Estado y propone cambios estructurales que propicien su relación directa con las colectividades e individuos, sin la intermediación de leyes ni instituciones. Estas son las condiciones para la consecución del objetivo neoliberal de mercado total, expuesto, de modo crudo, por la correlativa economía libertaria.

En síntesis, la consecución del concepto de *unión*, como articulador de una perspectiva geopolítica regional y del Sur, no solo tiene plena vigencia, sino que, además,



coloca una línea de futuro para la proyección histórica de la autodeterminación y para el establecimiento de un balance de fuerzas entre los continentes, que tiene expresión concreta en el fortalecimiento del mundo multipolar. Mientras, la tesis del equilibrio del universo trasciende en el tiempo y gana sentido en interrelación con las alternativas al capitalismo y las propuestas poscapitalistas, al mismo tiempo que dialoga con la proyección de una diversidad de culturas y cosmovisiones, que, en la región y en el Sur, son un elemento del ser, desde lo propio.

A la vez, está en el escenario una disputa de alta intensidad por los sentidos de la humanidad, en tanto la recomposición del capitalismo, de la mano del megapoder corporativo —el nuevo hegemon del capitalismo, el cual, se dice, es un poder que nadie puede controlar—, podría poner en jaque hasta la misma vida de la humanidad y del planeta. Así, la disputa de sentidos entre unión o disgregación de lo colectivo, unidad o individualismo, cooperación o competencia, integración o desintegración, tiene una relevancia definitoria.

La unidad como proceso y dinámica multifacética

La unidad se presenta como parte del proceso político y hasta como un fin, en sí, de la izquierda, del progresismo y de las alternativas antisistémicas; y podría ser camino y punto de llegada, a la vez, en tanto tiene que ver con la articulación de fuerzas en torno a la utopía de posicionar un proyecto de sociedad basado en el bien común. Ello implica el encaminamiento sostenido de procesos de construcción de lo colectivo y, por ende, se trata de dinámicas multifacéticas, vivas e incluso no exentas de contradicciones.



En su dimensión estratégica, se orienta hacia la confluencia de actores con propuestas para revertir las relaciones de poder capitalista; pero también, en los contextos de cambio, refiere a la edificación de un entorno de convivencia para el aprendizaje de la solidaridad, la reciprocidad, la redistribución y las interdependencias. En tales escenarios, la unidad también se percibe como una suerte de método para hacer posible lo interrelacional, como un modo de conjugar las diversidades en la construcción de la vida en sociedad.

En ese sentido, un ejemplo emblemático se evidencia en la cultura política cubana, que ha colocado la construcción de la unidad como un eje del proyecto humanista, como principio de su perspectiva socialista y redistributiva, como mecanismo cultural e identitario; pero también como instrumento estratégico ineludible para articular la defensa de su autodeterminación frente a las agresiones imperialistas.

En el amplio espectro de la unidad, concurren tanto los movimientos y partidos que resisten la arremetida neoliberal contra la política como las nuevas formas organizativas que se articulan, en palabras de Félix Guattari (1992), como espacio para la expresión de individualidades, reconociendo la multicausalidad de las posibilidades reivindicativas; esto refiere a las formas organizativas que nacieron y se forjaron en los escenarios del neoliberalismo y la globalización, con sus culturas y formas comunicacionales propias. Con esos ingredientes, la unidad pone en escenario el arte de hacer política, que es interrelacional y, como tal, enlaza procesos, e involucra construcción y creatividad. Implica altibajos, pero también victorias y muchos retos.

Como procesos abiertos a la diversidad, los contextos unitarios están siempre inmersos en el agenciamiento



de la coexistencia entre varias tendencias políticas y una multiplicidad de culturas organizativas que, desde variadas perspectivas, convergen en un objetivo común: el cambio sistémico. Así, a diferencia de las alianzas tácticas, puntuales o electorales, que son temporales y heterogéneas, la perspectiva de unidad que se expresa en la izquierda, es una de *proyecto* y, por ende, de largo alcance.

La integración como alternativa antisistémica

La integración es el proyecto más significativo que la región haya logrado colocar en los escenarios de futuro, no solo por la perspectiva estratégica de levantar una agenda común frente a los envites de la globalización, sino también porque abre un abanico de posibilidades para el delineamiento de iniciativas geopolíticas, geoeconómicas y socioculturales, adscritas a las configuraciones de un mundo multipolar, en cuyo proceso la región es un eslabón relevante.

Defino la integración como una herramienta estratégica, indivisible del concepto de soberanía, orientada a la construcción de la unión sociopolítica, económica, ecológica y cultural de la región, a través de la creación consensuada y participativa de propuestas de complementariedad, cooperación, solidaridad e intercambios, para fortalecer las capacidades endógenas y propiciar la consolidación de la región como un potente eje de multipolaridad. (León, 2023)

El enfoque prospectivo de afianzar a América Latina y el Caribe como un potente eje de multipolaridad, en función de garantizar un futuro auspicioso, es una apuesta



realista, pero directamente relacionada con la consecución de la integración. Solo ese logro permitirá materializar el potencial pleno que tiene la región para certificar su sostenibilidad a largo plazo, que es totalmente viable; principalmente, gracias a la profusa tenencia de todos los recursos imaginables, así como a la perseverancia y a la actual reconceptualización de perspectivas históricas que se definen en torno a la reproducción de la vida.

Así, por la importancia estratégica que tiene la integración, tanto para un modelo de *desarrollo endógeno* como para la relación de la región con el mundo, en los albores del siglo XXI, se llegó a plantear no solo un proyecto, sino toda una arquitectura de integración, compuesta por múltiples mecanismos e iniciativas, que reflejan la posibilidad de generar articulaciones democráticas, en medio de distintas circunstancias socioeconómicas y desde una heterogeneidad de enfoques económicos y orientaciones políticas.

En ese marco, en su calidad de pionera, ALBA-TCP, que se concibe como un mecanismo público de vocación humanista, viene aportando, desde 2004, tanto conceptualizaciones como prácticas de diversidad económica, interrelacionadas con sendas resignificaciones de los intercambios y del comercio. Desde una perspectiva anticapitalista, visualiza relaciones basadas en la cooperación, y no en la competencia. Sus iniciativas de solidaridad han propiciado el surgimiento de mecanismos como Petrocaribe, un programa único de autosuficiencia energética y de fortalecimiento subregional.

En política internacional, ALBA-TCP, también pionera en la sustentación de un mundo multipolar, apuesta por el internacionalismo y por el desarrollo de relaciones de reciprocidad. Desde esa perspectiva, contribuye al



dinamismo de influyentes instancias multilaterales, grupos de países y foros de concertación política, tales como el G77+China, el Movimiento de Países No Alineados y otros. También ha desarrollado iniciativas sociales y de diplomacia de los pueblos, e interactúa con iniciativas intersectoriales, así como con instancias organizativas, como es el caso ALBA Movimientos, la Marcha Mundial de las Mujeres, o la Asamblea Internacional de los Pueblos.

Por su parte, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), inaugurada en 2011, que aglutina a todos los países de la región, se define, en estos términos:

... como un mecanismo de concertación política, cooperación e integración económica, social y cultural, articulado en torno a la vigencia democrática y el diálogo como instrumento para dirimir las diferencias, toda vez que reconoce el derecho de cada país a definir libremente su sistema político y económico. Se organiza bajo la premisa de la unidad en la diversidad, para afianzar la construcción histórica común de luchas por la justicia, en coherencia con la trascendencia histórica del proyecto de Bolívar (Celac, 2011). Aboga por una región libre de colonialismo, que valore su legado multicultural y vindique la memoria histórica de los pueblos originarios. En esa línea, subraya el carácter plurinacional de varios países.

La Celac es vocera de la región en temas globales y tiene el mandato de propiciar la inserción de la región en el ámbito internacional. En su acumulado histórico, registra la interlocución con relevantes bloques regionales, tales como la Unión Europea o



el Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo, con quienes ha establecido acuerdos de cooperación; desarrolla igualmente encuentros con países estratégicos en la geopolítica mundial, tales como la Federación Rusa y China, de cuyos foros resultó, por ejemplo, el Plan de Acción Celac-China. Es asimismo vocera de la región en las instancias multilaterales globales como la ONU y otras. (León, 2023)

La Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) surgió, en 2008, como un espacio de construcción de la integración socioeconómica, comercial, cultural y política de los países de América del Sur, con la aspiración de procurar, paulatinamente, niveles integrales de articulación endógena. En un breve lapso, logró la consolidación de una importante institucionalidad, como el Consejo de Defensa Sudamericano o el Consejo de Salud, entre otros asuntos de la más alta relevancia. Se constituyeron y llegaron a operar:

12 Consejos Ministeriales Sectoriales para el fortalecimiento y proyección de las políticas públicas y la consolidación de los Estados nacionales, con definiciones normativas estatutarias, con cauces de acción definidos, fundamentados en planes de acción sectoriales. (Sassone, 2022)

Por la relevancia que tienen para el afianzamiento de un mundo multipolar y su impacto en la región, incluimos en esta breve reseña a los BRICS+, foro económico y político del Sur, cuya actuación ha sido definitoria para la diversificación de los enfoques globales sobre política financiera y monetaria, a la vez que ha sentado un precedente en la definición de una institucionalidad financiera con compromiso social y apegada al desarrollo de los países,



como se expresa en las orientaciones del Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS, presidido por Dilma Rousseff. Con su ampliación, BRICS+ está ganando un peso geopolítico aún mayor. Varios países de la región, entre ellos Venezuela y Cuba, han expresado su voluntad de adherirse.

El proceso integracionista del siglo XXI arrojó, con diversos matices, un significativo compendio de proyecciones, no solo para garantizar las soberanías alimentaria, energética, financiera y geopolítica, sino para formular nuevas culturas de convivencia ecológica. Con las prioridades del diseño de una arquitectura financiera soberana, de una institucionalidad basada en principios cooperativos y con la apertura a reconceptualizar la economía, desde preceptos de la economía para la vida y de las economías feminista, popular y solidaria, comunitaria y otras, se inauguró la posibilidad de desarrollar políticas regionales afincadas en la diversidad económica y productiva.

Se desarrollaron mecanismos para la defensa de la soberanía regional y la autodeterminación política en plena diversidad, con instancias para el fortalecimiento de la democracia y herramientas como el acompañamiento electoral. Similares potencialidades se evidenciaron en el campo del desarrollo científico, tecnológico, del conocimiento y cultural. Al compartir recursos y conocimientos, se potenciaron las capacidades para el desarrollo de la soberanía comunicacional, con avances en telecomunicaciones, comunicación digital y enfoques de derecho a la comunicación. En materia social y de derechos, quedó en evidencia el valor de un desarrollo compartido en educación, salud y políticas civiles como la ciudadanía latinoamericana o los avances para el diseño de una política exterior feminista.



En síntesis, la región constituida por América Latina y el Caribe ha abierto un espacio para posicionar la integración desde la soberanía, en un contexto de alta intensidad histórica, donde están, en el escenario, propuestas de alternativas para cambiar las dinámicas de relegamiento socioeconómico y geopolítico, con proyectos de bien común e iniciativas concretas para impulsar cambios estructurales. Pero también bregan por controlar la región las fuerzas de un neoliberalismo radical, articuladas a los intereses de los poderes fácticos globales, especialmente de las corporaciones transnacionales, el Complejo Industrial Militar, el capital financiero y los capitales ilícitos, que, conjuntamente, con actores del conservadurismo político local, exhiben su disposición de acudir a todas las estratagemas posibles, para evitar los cambios en los países y vaciar de contenido la integración regional.

La propuesta de integración regional soberana, reseñada aquí, se posiciona como una alternativa antisistémica, porque resultó de un proceso que coloca al cambio estructural como proyecto; también porque es resultado de intensivas luchas contra el neoliberalismo y el libre comercio, que abrieron posibilidades de rupturas con el poder y despejaron vías para la desconexión del orden capitalista (Amin, 1986). Además, su planteo de refundar la región desde lo propio resulta en una propuesta viable para la transición hacia otros modos de gestionar el futuro, hacia otros modos de ver a la región en el mundo e incluso de cambiar el mundo.

No obstante, es una propuesta en intensa disputa, vulnerable ante las relaciones de poder geoeconómico y político, en un contexto en el que fuerzas del capital procuran el desvanecimiento de las instancias geopolíticas,



multilaterales y soberanas, para priorizar sus alianzas de mercado en beneficio de los grandes poderes corporativos transnacionales y de la hegemonía estadounidense.

Así, la integración está en disputa, pero cuenta con un sólido cuerpo de análisis, propuestas y sobre todo resultados, gracias a los cuales se mantiene en el tiempo y tiene todo un futuro para producirse como una alternativa, apegada a la sostenibilidad de la vida y a enfoques de justicia geopolítica y de soberanía.

Finalmente, ningún argumento es más potente frente al poder corporativo y el imperialismo que una región unida, que reconozca, con orgullo, su proyección histórica, sus capacidades e incluso la posibilidad de su autosuficiencia.

La integración, el imperialismo y el poder corporativo

Si, antes, la perspectiva de integración y de mundo multipolar era relevante, en el escenario actual —donde las corporaciones transnacionales, los conglomerados tecnológico-mediáticos, el Complejo Industrial Militar y el capital financiero han develado su proyecto de reposicionamiento del capitalismo, con su incursión directa como poder omnímodo, en la cúpula mundial— es ineludible.

Esto se refleja en las presiones sobre el proyecto de autodeterminación regional y en la gestión de los recursos en América Latinoamérica y el Caribe, donde se ha puesto en marcha una compleja maquinaria, que incluye elementos de economía libertaria, para consumir el proyecto neoliberal de mercado total. En ese marco, la región apenas se concibe como un enclave de ‘recursos naturales’, o como un territorio y biodiversidad explotables, o como fuente



de mano de obra barata e incluso como dispensador de órganos, de material genético y otros.

En este orden de cosas, es perceptible la devaluación de los Estados, de su institucionalidad y de su política internacional. En los hechos, en los espacios de gestión internacional, es evidente el reemplazo de la geopolítica que responde a las dinámicas entre Estados, por la geoeconomía que tributa a los capitales corporativos. Hay signos de esto cuando los *lobbies* corporativos vienen desplazando a las representaciones diplomáticas, el comercio exterior tiene más jerarquía que las cancillerías y los intercambios bilaterales o multilaterales obedecen, en buena parte, a la agenda pautada por las corporaciones. También, las delegaciones gubernamentales de alto nivel ganan estatus y credibilidad cuando están acompañadas por cuadros del ‘sector privado’, cuya presencia incluye el protagonismo de delegados del Complejo Industrial Militar que, en representación propia o por intermedio de las representaciones de Estados Unidos, se ha elevado como una suerte de vanguardia del poder corporativo e incluso como puntal de la transición hacia un nuevo modelo de acumulación capitalista.

La inversión del orden de factores del poder mundial se evidencia con el ejemplo del poderío acumulado por la corporación de inversiones BlackRock, una gestora de inversión con sede estadounidense, en cuyo seno convergen los mayores capitales, multinacionales e inversionistas, como el Vanguard Group, Capital Research & Management Co., J. P. Morgan, Wells Fargo y otros. Ahí se gestionan tanto los fondos de pensión de Chile como los de la provisión energética de España o de cualquier parte del mundo; a la vez, se mueven, desde ahí, los operativos bursátiles de varias corporaciones alimentarias, farmacéuticas y un gran



etcétera. El poderío económico de esta corporación privada le coloca entre las primeras potencias económicas del mundo, a la par de los más relevantes países (León, 2022).

BlackRock es muy influyente en los escenarios multilaterales, donde la mayoría de los países ha mostrado anuencia con sus enfoques y propuestas, en temas como, por ejemplo, el cambio climático o la transición hacia el capitalismo verde y digital. Se atribuye a esta gestora de inversión y sus afines la adopción de una moción para liberar las tierras vírgenes de buena parte del planeta para su privatización, que fue aprobada por la Comunidad Internacional en la COP26, con lo que podría consumarse la mayor confiscación de tierra del planeta, como afirma Riccardo Petrella (2021).

BlackRock y afines, al unísono con las GAFAM, que son las 5 mayores en telecomunicaciones y tecnologías, conforman el poder corporativo, que ha declarado al Estado como una instancia obsoleta y prefieren formas de interlocución directa con los individuos y las comunidades, a la vez que objetan el bien común y los procesos colectivos o redistributivos. Los actores del poder corporativo se dicen amantes de “la libertad”, para negociar los bienes y recursos, frente a frente, individuo versus corporación, sin sindicatos ni movimientos que obstaculicen su rentabilidad.

De más está decir que, si estos jefes del mercado no quieren más Estados, simpatizan aún menos con los procesos de integración soberana, que no solo se levantan desde los Estados, sino que podrían fortalecerlos con proyectos propios, a gran escala, y visiones democráticas y participativas. La integración habla del poder conjunto de varios países, con capacidad para una gestión soberana de territorios agrícolas, agua, hidrógeno, energías fósiles,



aire, mar, tierra, ciberespacio, y más. A la vez, la integración amplifica el potencial para generar conocimientos y tecnologías propias en función de proyecciones ecológicas. Esto, que es una barrera de protección para la región, ha sido conceptualizado por el poder corporativo como una cesión de *libertad*, como un obstáculo para la relación directa entre corporaciones y recursos.

En esa línea, no es una conjetura visualizar que con el boicot a Unasur, propiciado por la restauración conservadora en 2017, que condujo a la suspensión del Consejo de Defensa de Unasur, se abrió el ‘mercado’ para la vertiginosa militarización de Ecuador, en la que intervienen actores del complejo industrial militar estadounidense, con capacidad para poner en la escena desde modelos de caos hasta bandejas de solución *securitista*, a la vez que operan acuerdos de cesión de soberanía, afines a los intereses del mercado de insumos para la ‘guerra infinita’, que permitirá ‘ganancias infinitas’ a las corporaciones bélicas.

Sin un proyecto de región, hasta podría volverse letra muerta la proclama de la Celac, que declara a Latinoamérica y el Caribe como zona de paz. Es notorio que el Complejo Industrial Militar quiere, en función de sus negocios, convertir al mundo en un cuartel y desplazar el imaginario humano hacia la barbarie. Su proyecto estratégico de control del mundo ha ganado posiciones, toda vez que su producto principal, la guerra infinita, se ofrece a la par de varios modelos autoritarios, que acompañan el diseño geoestratégico del mapamundi corporativo, sin Estados ni fronteras, totalmente liberado para el mercado total.

Este actor de la industria militar privada no solo es parte del reposicionamiento del capitalismo, sino que se coloca, incluso, por encima de los otros poderes fácticos



globales, al momento que está desplazando del puesto número uno al capital financiero en su país sede, a la vez que está sacando a la luz que Estados Unidos se proyecta, cada vez más, como una mera sede al servicio del poder corporativo, que sí exhibe una clara hoja de ruta para su objetivo de control del mundo.

Son muchas las interrogantes que se desprenden de la evidente jerarquía del poder corporativo sobre la institucionalidad de su país sede; varias de ellas aluden a conceptualizaciones relevantes como la de imperialismo, pues el cambio en el orden de mando, con el poder corporativo en posición privilegiada, ha llegado a preocupar a las mismas instituciones estadounidenses; por ejemplo, a las de control antimonopolio y similares. También, en el debate público y en los propios escenarios del *establishment* ronda la pregunta sobre quien gobierna ese país: ¿El presidente o gobierno que están en el poder, o el Complejo Industrial Militar? Esto, ante la constatación de la entrega con la que el actual o cualquier otro presidente, se subordinan y relativizan aspectos clave de su mandato, para focalizar su devoción en promover los intereses asociados a la llamada *guerra infinita*, que es una dinámica de la espiral de destrucción y reconstrucción en la que los comerciantes de materiales bélicos quieren sumergir al mundo.

Por su parte, los otros componentes del poder corporativo muestran una cierta anuencia con esta jerarquía, en tanto la concreción del mercado total, que exige la liberalización total de bienes, recursos, fronteras y personas, solo puede darse con la instauración de un autoritarismo global. Immanuel Wallerstein, desde su teoría sobre la crisis sistémica del capitalismo, enunció que esta conducirá a una bifurcación que definirá un futuro de reproducción



sistémica, cuya instauración vendrá acompañada de un gran autoritarismo.

El moderno sistema mundial, como todos los sistemas, es finito en duración y llegará a su fin cuando sus tendencias seculares lleguen al punto en que las fluctuaciones del sistema sean suficientemente amplias e impredecibles para que les resulte imposible asegurar la renovada viabilidad de las instituciones del sistema. Cuando se llegue a ese punto, ocurrirá una bifurcación y, a través de un período (caótico) de transición, el sistema será remplazado por uno o varios otros sistemas. (Wallerstein, 2007)

Wallerstein (2005) también afirmó que ese gran cambio estructural podría apuntar hacia un nuevo *sistema-mundo* distinto del capitalismo, dependiendo de la capacidad de articulación de las fuerzas antisistémicas globales. Por su parte, Zuboff (2019) aportó el concepto de *capitalismo de la vigilancia*, que es uno que resulta, entre otros, de la manipulación corporativa de los datos personales, como elemento constitutivo del modo de producción digitalizado en marcha.

En síntesis, estamos ante un modelo de acumulación capitalista en transición y, por ende, en pleno movimiento e interpretación. En otras palabras, el nuevo *sistema-mundo*, posbifurcación del capitalismo, podría ser el del reposicionamiento del capitalismo corporativo, a no ser que los pueblos se levanten en defensa del bien común y, sobre todo, en pos de un cambio mayor: la defensa de la centralidad de la reproducción de la vida (en lugar de la reproducción del capital), como un eje ineludible para un cambio civilizatorio. Para lograrlo, en las actuales



circunstancias, solo hay un camino: la integración regional y la creación de un mundo multipolar. Latinoamérica y el Caribe tienen, como esperanza, el proyecto histórico de Abya Yala, con la idea fuerza de la unión geopolítica, la unidad política y la certeza de que, con la integración, hay futuro.

Referencias

- Amin, S. (1986). *La déconnexion. Pour sortir du système mondial*. París: La Découverte.
- Anta Diop, C. (1984). *Préface du livre du Pr Mahtar Diouf, Intégration économique, perspectives africaines*. Dakar: Présence Africaine.
- Asamblea Constituyente (7 de febrero de 2009). *Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia*. El Alto, Bolivia.
- Asamblea Nacional Constituyente (28 de septiembre de 2008). *Constitución de la República del Ecuador*. Montecristi, Ecuador.
- Asamblea Nacional Constituyente (3 de marzo de 2019). *mppp.gov.ve*. Obtenido de Plan de la Patria: <https://mppp.gov.ve/wp-content/uploads/2023/03/GOE-6.442-4.pdf>
- Bolívar, S. (1813). La Gaceta de Caracas, órgano oficial de la República, 30 de septiembre de 1813. http://cic1.ucab.edu.ve/hmdg/bases/hmdg/textos/GACETA/GC_18150502.pdf
- Bolívar, S. (1815). *Carta de Jamaica*. <https://biblioteca.org.ar/libros/152.pdf>
- Celac: Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (3 de diciembre de 2011). *Declaración de Caracas "En el Bicentenario de la Lucha por la Independencia Hacia el Camino de Nuestros Libertadores"*. <https://parlatino.org/pdf/comunidad-estados/declaracion-caracas.pdf>



- Chávez, H. (11 de junio de 2012). *Plan de la Patria*. https://siteal.iiep.unesco.org/sites/default/files/sit_accion_files/propuesta_del_candidato_de_la_patria_comandante_hugo_chavez_para_la_gestion_bolivariana_socialista_2013-2019.pdf
- Finol, Y. (18 de mayo de 2018). *Simón Bolívar: la unidad latinoamericana y el equilibrio universal*. <https://www.alainet.org/es/articulo/192059>
- Guattari, F. (15 de agosto de 1992). Pour une refondation des pratiques sociales. <https://www.monde-diplomatique.fr/1992/10/GUATTARI/44749>
- León, I. (31 de diciembre de 2022). Defensa de la humanidad vs. fiera herida. <https://www.lajiribilla.cu/defensa-de-la-humanidad-vs-fiera-herida/>
- León, I. (2023). La integración en perspectiva soberana. *Humanidad en Red*, 1, 9-16.
- León T., M. (2021). Redefiniciones económicas hacia el *buen vivir*. Un acercamiento feminista. En AWID, *Buen Vivir: experiencias en Bolivia y Ecuador desde una perspectiva de derechos de las mujeres*. Ottawa: AWID. https://racef.es/archivos/discursos/web_racef_ing_garralda_264_23_compressed.pdf
- Petrella, R. (18 de noviembre de 2021). *La nueva conquista colonial de la vida ha comenzado*. <https://www.other-news.info/noticias/la-nueva-conquista-colonial-de-la-vida-ha-comenzado/>
- Pizarro Moreno, M. (17 de octubre de 2023). Los nuevos retos de la empresa ante la nueva sociedad. https://racef.es/archivos/discursos/web_racef_ing_garralda_264_23_compressed.pdf
- Sassone, P. (2022). Retomar el camino de Unasur. Propuesta de agenda de transición. *Humanidad en Red*, 1, 29-41.
- Wallerstein, I. (2005). *La crisis estructural del capitalismo*. México: Contrahistorias.
- Wallerstein, I. (2007). *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. (3.^a ed.). México: Siglo XXI.



El Caribe y Latinoamérica
frente a la dominación imperial
Una ojeada a su historia

FÉLIX VALDÉS GARCÍA



Filósofo. Doctor en Ciencias Filosóficas. Instituto de Filosofía,
La Habana (Cuba).
Correo electrónico: felixvaldes@gmail.com.

No hay verdad tan notable como aquella que afirma que los intereses de la geopolítica han sido móvil real del comportamiento humano, una especie de espina dorsal de sucesos de antes y de hoy. El sable, el arcabuz, la arrogancia ibérica zumbaron en estas islas, por las ansias de poder. Sobre este tema, el de la geopolítica imperial instaurada en el hemisferio, primero, por la dominación colonial-capitalista, luego por el imperialismo norteamericano, trataremos en las reflexiones que siguen, para dejar abierta, con sobrada nitidez, la necesidad de la unidad latinoamericana, como necesaria armadura de protección, antes y hoy. El punto desde el cual miramos está en las islas del Caribe.

En 1970, un escritor y político dominicano, el depuesto presidente Juan Bosch (1909-2001), escribió, con cierta urgencia, el libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*. Para él, era impostergable argumentar cómo este espacio, desde el mismísimo inicio de la ocupación europea, en 1492, hasta hoy, era un área marcada por los apetitos de la dominación



colonial-capitalista y, en su tiempo, por el imperialismo norteamericano. El Caribe ha sido el límite... el borde fronterizo de los grandes poderes de la historia moderna.

Con la llegada de las naves de Cristóbal Colón, los invasores se adjudicaron los nuevos territorios insulares creídos de ser las Indias, para Castilla y León, para los Reyes Católicos y para la cristiandad. Más tarde, llegaron los enemigos jurados de la dominación española; se urdió una *leyenda negra*, y vinieron todos los imperios europeos hasta aquí, a plantar pica y a poseer las diminutas ínsulas y sus bordes continentales. Las pequeñas islas verdes, cuales tortugas ciegas en un mar de colores verde y azul —cumbres de una cordillera de montañas que, en ruidosa catástrofe, se hundió en el mar un millón de años atrás—, se hicieron escenario de un nuevo tiempo. Esta vez, el desastre acentuó el sentido de discontinuidad y totalidad, de unidad con el continente del sur. Cuba —la más extendida—, como un cocodrilo dormido con ojos de sal y de piedra, como dijera el poeta y pensador Nicolás Guillén, junto con La Española, dio inicio a la mayor de las tropelías y del genocidio indígena. Desde ellas, partieron otros conquistadores, a la Florida; Hernán Cortés, a México. El espacio arahuaco fue deshecho, balcanizado, desmenuzado en jirones. Las islas se desconectaron y se desconocieron. España las abandonó y, por ello, empezó a tener a sus enemigos en casa, en las mismas narices de sus posesiones americanas.

Jorge Mañach, un profesor de filosofía de la Universidad de La Habana, entre 1940 y 1960, preocupado por el tema de las fronteras políticas y culturales, afirmaba que el arco insular antillano era como un brazo que se alza para separar a un mundo cultural-lingüístico del otro, para distinguir a la América que es nuestra, de la América anglosajona.



Mañach, amigo de Pedro Albizu Campos —de sus días en Harvard—, profundo estudioso de José Martí, sabía de los fueros independentistas cubanos y boricuas, de los intentos que hubo por lograr una ‘confederación antillana’. Tal proyecto serviría de escudo protector para las islas mayores, un proyecto de integración que fue promovido, a finales del siglo XIX, por Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, José Martí y Gregorio Luperón, entre otros. La integración de las islas antillanas garantizaría el fin de la dominación colonial española y el enfrentamiento al pujante imperialismo norteamericano, que ya acechaba como tigre “espantado del fogonazo”, que vuelve, de noche, al lugar de la presa... y “no se le oye venir”, porque “viene con zarpas de terciopelo” —como advertía Martí—. En los días en que el profesor cubano pretendía impartir un curso sobre el tema de las fronteras en Río Piedras, en 1961, se ensayaba otro gran proyecto integrador, el de las West Indies Federation, un truncado intento que aunaría a las islas anglófonas, entre 1958 y 1962, y que tanta energía cobró del intelectual y político Eric Williams.

El espacio insular, cual matriz de la que se ramificó la dominación española al resto de América, ha sido siempre objeto de disputas: un espacio deseado, no por incalculables riquezas minerales ni grandes capacidades productivas y de mercado, sino por el lugar que ocupan; por el espacio físico estratégico. Así fue a partir de 1492. Hasta aquí llegaron España, Francia, Inglaterra, Holanda e incluso Alemania y Suecia, para fijar la cadena productiva capitalista, con los repartimientos, las encomiendas, el sistema de flota, la esclavización de africanos subsaharianos y el modelo de la plantación agrícola; todos ellos, como engranajes de un sistema de extracción de riquezas que serviría al enriquecimiento de las metrópolis y sería la energía de



las revoluciones tecnológicas en el Viejo Continente. En calculado negocio, fueron a parar a las arcas europeas el oro, el azúcar, el cacao y el café, el tabaco y el petróleo, y la bauxita después. Las islas son hoy plantaciones, pero de ocio, cruceros, playa, sol, música y servicios... Un espacio dúctil para ser utilizado y para generar riquezas que se consumen fuera, más allá de sus cálidas y *verdeazules* aguas.

Cuatro siglos después del comienzo de la invasión europea, la geopolítica imperial se intensificó. Con la energía y la sangre esclava se puso a andar la Revolución Industrial. A partir de la década del setenta del siglo XIX, la India, Oceanía y partes de Asia fueron escamoteadas; África fue desmenuzada por los imperios europeos que, en 1885, la dividieron a gusto; mientras, los británicos consolidaron su poder y se extendieron por el mundo como gran potencia. En América, fueron los Estados Unidos, desprendidos de Inglaterra, quienes, a partir de 1823, primero con la doctrina Monroe, luego la del ‘destino manifiesto’, la del gran garrote, el corolario Roosevelt, la doctrina Truman o del ‘buen vecino’, se creyeron estar —como dijera Simón Bolívar—, “destinados por la Providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad”. Los EUA ya se habían extendido al oeste, masacrando a los indios en sus tierras. A México le arrebataron el 51 % de su territorio. Alaska fue comprada a los rusos. El auge industrial y de las comunicaciones, con sus excedentes de capital, de productos y finanzas, necesitaba de espacio para su realización y para garantizar la fórmula inequívoca de dinero-mercancía-dinero incrementado. Las materias primas estaban seguras más al sur. Quisieron consolidar el dominio económico y monetario en el hemisferio, con la Conferencia Panamericana y Monetaria, realizada en Washington, entre 1889 y 1891.



No obstante, les faltaba precisar el borde costero, su frontera marítima, justamente en el espacio insular. La “seguridad nacional” del imperio del norte pasaba por asegurar este límite acuoso, valiéndose de nuevas estrategias de dominación. Necesitaban maniobrar el destino de las nuevas repúblicas, el abasto de carbón para sus barcos, hacerse de rutas, puertos y mercados seguros. Los estrechos de mar entre las islas se hicieron estratégicos: el cabo de San Nicolás, en Haití; el paso de la Mona, entre Puerto Rico y República Dominicana; Vieques, en Puerto Rico; y un canal en Panamá. República Dominicana, Cuba, Puerto Rico fueron espacios por sujetar.

El año 1898 fue el puntillazo. Cuba, Puerto Rico y las Filipinas fueron el escenario de la primera guerra imperialista. Estados Unidos entró en la contienda de Cuba frente a España. En París, se firmó un tratado. Cuba fue ocupada por cuatro años y Puerto Rico, desde entonces, se ha jugado diferentes denominaciones de dependencia. Haití y República Dominicana fueron ocupadas quince años después de iniciado el siglo XX. Mark Twain, el conocido escritor norteamericano, se hizo antiimperialista, al conocer sobre la guerra en Filipinas y las vergonzosas consecuencias que allí se dieron. Se declaró un encendido antiimperialista. No quiso más al águila norteamericana ni verla volar sobre el Pacífico; tampoco que el símbolo del poder pusiera sus garras en cualquier otra tierra del mundo. Las masacres humanas en Filipinas provocaron la escalofriante cifra de más de un millón de muertes.

No obstante, Rudyard Kipling escribió para el jubileo de la reina de Inglaterra y publicó, en 1899, su poema “La carga del hombre blanco”. Nada más ofensivo que sus versos, cuando dice: “Llevad la carga del hombre blanco”,



para servir a las necesidades de los cautivos, “para servir, con equipo de combate, / a naciones tumultuosas y salvajes”. Los recién conquistados filipinos son pueblos descontentos, “mitad demonios y mitad niños”¹. No hay peor astilla que la del mismo palo —se diría—, pues el escritor británico escribió, con falaz desprecio, sobre los pueblos colonizados, de colores no blancos (como lo era el suyo propio). Repitió su estrofa: “Llevad la carga del hombre blanco”, para esclavizar, dominar a desagradecidos, para andar por caminos por donde nunca andaréis, y “contemplad a la pereza e ignorancia salvaje”. Kipling le dejó a la reina una oda, un canto al imperialismo inglés (y al americano) que destrozaba a los filipinos; escribió un elogio al vilipendio, al menosprecio, repleto de escaldo y soberbia inhumana. Legó un escandaloso poema a la maldad.

Con el 98, se sellaba un tiempo, y se abría otro: el del dominio americano en nuestra América, el de la hegemonía yanqui en el hemisferio. Mark Twain, quien no es premio nobel de literatura como sí lo fuera Rudyard Kipling, dijo que José Martí fue el primer formulador de un pensamiento antiimperialista en América Latina. Martí —como Francisco de Miranda o Simón Bolívar, quien en la Carta de Jamaica dijera desear “ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria”²— sostuvo, casi siete décadas después, que “los pueblos de América son más libres y prósperos, a

1 Kipling, R. “The white man's burden”. McClure's Magazine, 12 de febrero de 1899. “La carga del hombre blanco” fue un poema de Rudyard Kipling publicado originalmente en la revista *McClure's*, en 1899, con el subtítulo “Los Estados Unidos y las Islas Filipinas” (“The United States and the Philippine Islands”). Hay varias traducciones y ediciones en español.

2 Bolívar, S. *Carta de Jamaica* (6 de septiembre de 1815).



medida que más se apartan de los Estados Unidos”³. En su tiempo, que fue el de la ardua misión histórica de lograr la independencia de las últimas colonias de España en el continente, afirmó:

... las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares, y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas... Las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo⁴.

Para Martí, no hubo dudas de que, “en el fiel de América, están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder [...]; y si libres, [...] serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada”⁵. José Martí tenía total certeza de que, con la posesión por parte de EUA de las islas, este imperio se abriría “contra las potencias del orbe por el predominio del mundo”. “Se llegará muy alto por la nobleza del fin” —consideraba Martí—, “o se caerá muy

3 Martí, J. (1991). *Obras completas* (vol. VI, pp. 26-27). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

4 Martí, J. (1975). *Obras completas* (vol. IV, pp. 405-406). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

5 Martí, op. cit., vol. I, pp. 141-142.



bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar”⁶.

Fue muy lúcido el Apóstol de la independencia cubana con respecto a la amenaza imperial de los Estados Unidos. También lo fue Anténor Firmin, otro antillano advertido, al cual Martí lo quiso conocer en Washington, en ocasión de la Conferencia Panamericana de 1890; y a quien Betances le dijo que lo fuera a ver en Cabo Haitiano, antes de llegar a Cuba para emprender la guerra “generosa y breve”. Firmin había dado ejemplo de dignidad, en su rechazo a los intentos de EUA por apoderarse del Mole de San Nicolás, y había deshecho los argumentos de los ilustres científicos de la Sociedad Antropológica de París, cuando quisieron demostrar la inferioridad del negro, uno de los argumentos fundamentales esgrimidos para justificar, luego, el desmembramiento de África. Martí sabía de ello. Los seguidores de Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882), quienes, *a todas-todas*, buscaban datos para demostrar la inferioridad racial del no europeo, recibieron su respuesta con Firmin, quien les retó con medio millar de páginas, en su libro titulado *La igualdad de las razas humanas*. La ideología racista que sirvió a los apetitos imperialistas condujo, más tarde, a la idea de la raza aria, nervio del fascismo alemán.

La fortaleza y el cabo que separa a Haití de las costas de Cuba no pudieron ser tomados por los Estados Unidos como base naval y carbonera. No obstante, unos años después, el imperio se jugó su propósito con la Enmienda Platt, adicionada a la Constitución cubana de 1902. En uno de sus estatutos, sentaron las bases para la creación de la

6 Martí, op. cit., vol. III, p. 142.



Base Naval de Guantánamo, más otras carboneras en la isla de Cuba.

Para Martí, la independencia de Cuba y Puerto Rico del poder español era garantía para la América toda. Cuba no podía equivocarse en su misión histórica. Sin embargo, en su último escrito a su amigo Manuel Mercado, la noche antes de morir en el campo de batalla, le confesaba, con clarividencia:

... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América⁷.

Con el paso del tiempo, mortifica ver tanta batalla perdida; los Estados Unidos se ganan un inmerecido blandón en la guerra cultural y simbólica que nos acosa.

Si bien, en las Américas, la amenaza imperial de los Estados Unidos era una alarma que se enmascaraba, para la intelectualidad crítica de Europa, fue objeto de un ardiente debate. Se le denominó la “era del imperialismo” o el período del “nuevo imperialismo”. Grandes estudiosos, muchos marxistas pos-Marx, hicieron objeto de sus análisis el mencionado período. En su mayoría, fueron militantes o intelectuales vinculados al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), el partido más numeroso de Europa, a finales del siglo XIX e inicios del XX. Tales fueron John Hobson, con su texto *Imperialismo: un estudio* (1902); Rudolf Hilferding, autor de *El capital financiero* (1910); Rosa Luxemburgo, con su extenso estudio *La acumulación de capital* (1913),

7 Martí, op. cit., vol. 20, pp. 161-164.



o Nikolái Bujarin y su libro *La economía mundial y el imperialismo* (1917). También Vladímir Ilich Lenin, a la sazón, escribió, como consecuencia de las preocupaciones que le antecedieron, su conocido texto *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917). Otros contertulios, menos citados, debatieron el tema; entre ellos estuvieron Karl Kautsky, Henry Gaylord Wilshire, Henry Brailsford y Paul Reinsch. Según V. I. Lenin, la concentración de capital ha dado lugar a grandes monopolios que acaparan sectores enteros de la producción. Este período se caracteriza por la concentración del capital, los elevados resultados de la producción de bienes, el vertiginoso crecimiento de capital financiero, el crecimiento de la exportación, el antes mencionado auge de los monopolios y por la división política mundial; es decir: el reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes.

No obstante, en este tiempo, el oportunismo y el revisionismo comenzaban a brotar. Algunos viejos teóricos y militantes quisieron releer a Marx y, valiéndose del mito de constituir los herederos directos, sus albaceas, prefirieron olvidar la idea de la revolución. Entre ellos Bernstein, Bebel y Kautsky, atraídos también por el auge del capitalismo y la participación en el parlamento, no quisieron ver, como lo hicieran Rosa Luxemburgo y V. I. Lenin después, el hecho de que sobrepasar los límites fronterizos de los modernos Estados-nación hacia el mundo colonial, duplicaría los padecimientos y conduciría, inevitablemente, a la guerra. No se trataba de un mero debate académico, ni de simples posicionamientos políticos, sino de altercados definitorios. Rosa Luxemburgo peleó con los líderes del Partido Socialdemócrata (SPD) de Alemania, y estos la criticaron hasta la saciedad. Fueron duros con ella, en el congreso de 1912. Pero Luxemburgo argüía que Inglaterra blandía



el látigo y colmaba de enfermedades a la India, mientras deshacía en África. El “caso Marruecos” —decía— se debía al “desarrollo interno del militarismo alemán [...] y al ansia alemana de poderío mundial”. Sin embargo, no había “una sola palabra acerca de los habitantes naturales de las colonias, no hay una palabra acerca de sus derechos, intereses y sufrimientos por causa de la política internacional”. No se habla de la “espléndida política colonial de Inglaterra” ni se mencionan “las periódicas hambres y la difusión de la fiebre tifoidea en la India, el exterminio de los aborígenes australianos y los latigazos, con cuero de hipopótamo, que se dan en las espaldas al *fellah* egipcio”⁸.

La Primera Guerra Mundial llegó y la participación de Alemania fue su descalabro definitorio. La guerra fue el modo de ejercer la política, tal y como sostuviera críticamente Rosa Luxemburgo.

Un siglo después, nuestra América no ha dejado de padecer la amenaza imperialista; antes y después de 1898, ha sido real y sistemática la intromisión y el asecho. Muchas son las fechas pautadas en el calendario del hemisferio. Cuba, Haití, República Dominicana, Puerto Rico han completado amplios expedientes de injerencia y de agresiones de todo tipo. El caso de Puerto Rico es ejemplar. La cuenca del Caribe, o *the caribbean basin*, como se le denomina, ha sido blanco sistemático. Panamá, Nicaragua, Guatemala y miles de puntos de la geografía insular, centroamericana y suramericana han recibido la bota del Tío Sam.

Es por ello que los diferentes mecanismos de integración, tanto pensados como ensayados, son alternativas políticas, económicas y también culturales. Si

8 Luxemburgo, R. (1898). Nuestro escrito de Marruecos, en *Rosa Luxemburgo: Gesammelte Werke* (vol. 3, p. 32).



bien muchas han quedado truncadas o no logradas, todas demuestran ser armadura o coraza necesaria, inmediata, que permite garantizar la protección posible frente a los apetitos incontenibles, ante la barbarie y la exclusión social, ante el desmantelamiento de las sociedades nuestroamericanas. El enfrentamiento a la pobreza, a las asimetrías en el desarrollo socioeconómico y la necesidad tanto de la complementación como de lograr, en la región, un área de paz, hoy, son asuntos cruciales que la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) ofrecen, mediante su plataforma de integración —una idea y un proyecto real, actuante—, próxima a cumplir veinte años de creada. Petrocaribe es remate de los esfuerzos para el reducido e intenso espacio insular. ¡Una vez más, un desafío para la justa integración frente al dominio imperial!



La unidad en el pensamiento
político de Simón Bolívar
y su influencia en la campaña
de la Nueva Granada
y la fundación de Colombia (1819)

Lecciones que, desde la historia,
nos señalan el futuro

ALEXANDER G. YÁNEZ DELEUZE



Político, con maestría en Historia Militar. Embajador de la República Bolivariana de Venezuela ante la Organización de Naciones Unidas (ONU)-Ginebra.

Correo electrónico: alexanderyanez2021@gmail.com.

Después del Congreso de Angostura, realizado el 15 de febrero de 1819, queda claro cuál es el fundamento político de Simón Bolívar para dar bases concretas a la *existencia política* del Gobierno de la República de Venezuela, tal como lo evidencian las palabras con las que termina su discurso aquel día:

Dignaos legisladores, acoger con indulgencia la profesión de mi conciencia política... Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad.

El resultado inmediato del Congreso fue la elección de Bolívar como presidente interino de la República de Venezuela, mientras que el neogranadino Francisco Antonio Zea fue nombrado como vicepresidente. Sobre la base de esta estructura política en construcción, el



Libertador asume los deberes jurídicos que le otorga la condición de ser presidente de un Gobierno y, ahora, jefe de un Estado, mientras que se sanciona la Constitución y se nombra un nuevo presidente, conforme a sus disposiciones. Mientras tanto, en el plano de las operaciones militares, el Libertador concibe un plan general que dispone tres acciones: a) el establecimiento de un sistema de protección sobre Guayana, base central del gobierno; b) una operación de invasión de las costas de Oriente, por parte del general Urdaneta y las fuerzas inglesas; y c) entretener y desgastar a las fuerzas de Morillo en la región del Apure. En el diseño de estas operaciones, se observa una justificada cautela, la cual deja entrever Bolívar, en carta al vicepresidente Zea: “Sólo en el caso de que la suerte me presente una ocasión muy favorable que me asegure la destrucción de Morillo, me resolveré a darle una batalla”. Esto quiere decir que el Libertador tenía, como premisa fundamental —en la campaña en ciernes—, una estratégica prudencia, a fin de evitar sucesos que contrariaran las operaciones militares y, muy especialmente, los importantes avances políticos, en su objetivo de proteger la naciente *existencia política* del gobierno de Venezuela, recién instalado. Este hecho es de categórica significación, en el marco de la estrategia política del Libertador frente a la decisiva campaña de la Nueva Granada, que estaba por emprender.

Debemos comenzar prefigurando que la idea de la unidad es uno de los aspectos fundamentales del pensamiento político del Libertador Simón Bolívar. Podríamos, incluso, proponer como tesis, para su posterior investigación y desarrollo, la hipótesis de que Bolívar construyó una verdadera *doctrina de la unidad*, como base esencial de sus ideas políticas. Si bien es cierto que, por ejemplo, en el Discurso de Angostura, ideas como la justicia, la libertad



y la igualdad se constituyen en columnas teóricas del pensamiento de Bolívar, no es menos cierto que el motor dinamizador de esas ideas es, precisamente, la concepción de la unidad. No es posible, en consecuencia, explicar la campaña de la Nueva Granada, si no entendemos el carácter determinante que reviste, en Bolívar, la idea de la unión, la cual le da sentido, propósito y razón a las operaciones militares que emprende para concretarla.

Sobre la unidad

Algunas consideraciones previas sobre el pensamiento político del Libertador en relación con la concepción de unidad, las encontraremos en varios de sus escritos y cartas fundamentales, como el Manifiesto de Cartagena (1812), la Carta de Jamaica (1815) y el propio Discurso de Angostura (1819). De igual forma, esta idea esencial se halla reflejada en la inmensa obra epistolar a lo largo de su vida política y militar. A continuación, realizaremos una breve revisión de dichas consideraciones en algunos de los referidos documentos y cartas del Libertador, en el propósito de ilustrar la consistencia y continuidad de su pensamiento político sobre el particular y de referir cómo estas concepciones políticas influyen, de manera decisiva, en sus operaciones militares, en particular sobre la campaña de la Nueva Granada, cuyo colofón es la fundación de la República de Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Quito).

La unidad y el Manifiesto de Cartagena (1812)

En el Manifiesto de Cartagena, Bolívar comienza haciendo una referencia acerca del propósito de este



documento, que, precisa, no es otro que explicar las causas que llevaron a la extinción de la Primera República de Venezuela y su esperanza de que estas razones "... persuadan a la América a mejorar su conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos". Bolívar prefigura, entonces, que los *vicios de unidad* fueron, en efecto, un factor determinante en la caída de la República y advierte que, en consecuencia, ello se constituye en una amenaza para la felicidad y la paz de la América. Considera que la forma federal de gobierno adoptada en Venezuela no hizo más que debilitar su gobierno y fomentar las *disensiones civiles*, razón por la cual reivindica, con determinación, a través de su pensamiento político, la necesidad de un gobierno unitario y centralizado que permita afianzar en los pueblos las bondades de la libertad y de los derechos que ella genera.

Yo soy de sentir que, **mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos**, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas.

Pero esta unidad, a la que alude el Libertador, por intermedio de la idea de centralidad, lo es tanto en la dimensión interna como en la dimensión externa, tal como se verá más adelante. En términos de la organización interna o, si se quiere, de la política interna, Bolívar llama a la definición de una forma de gobierno adecuada a los tiempos y al carácter nacional, que propicie y promueva la *unidad* de las fuerzas y de los partidos: "Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean"; resentía Bolívar, en Cartagena, lo que más arriba



llamaba *disensiones civiles*, como la causa central de los *vicios de unidad*, precisamente derivados, en su opinión, de la forma de gobierno federal. Expresa, entonces, con categórica claridad política, uno de los fundamentos que dan sustento y resonancia a su permanente llamado a la unidad: “Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud”. Insiste Bolívar, más adelante, que, de haber sido gobernada Caracas por *una sola autoridad*, los males que incidieron en su destrucción —también por la inacción ante los efectos del terremoto de 1812— hubieran sido contenidos: “Si Caracas, en lugar de una confederación lánguida e insubsistente, hubiese establecido **un gobierno sencillo**, cual lo requería su situación política y militar, **tú existieras, ¡oh, Venezuela!**, y gozaras hoy de tu libertad”.

Conviene detenernos en este punto para establecer un elemento substancial del pensamiento político de Bolívar, el cual es fijar una relación inmanente —y de allí la trascendencia de concebir una doctrina de la unidad, en Bolívar— entre la idea de la *unidad* y la de *existencia política*. Mientras que la desunión niega o, al menos, dificulta la posibilidad de la *existencia política*, la unidad, en cambio, la promueve, la facilita y la refuerza. Así expresa el Libertador: “... entre las causas que han producido la caída de Venezuela... las facciones internas que, en realidad, fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro”. Para el Libertador, este caso es un vivo ejemplo de cómo la desunión interna —*vicios de unidad*— fue expresión de la consecuente inexistencia política de la República —extinción— hecho que revalidaba el valor del Estado monárquico opresor como única fuerza establecida para seguir reproduciendo la llamada opresión organizada y, en consecuencia, negar la posibilidad de la independencia y la libertad.



La unidad y la Carta de Jamaica (1815)

Dice el Libertador Simón Bolívar, en la Carta de Jamaica, lo siguiente:

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América **la más grande nación del mundo**, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento **regido por una gran república**.

El Libertador hace referencia a *la más grande nación del mundo*; esto alude, de manera clara, a una construcción orgánica, homogénea y unitaria, como actor fundamental dentro del concierto de las relaciones internacionales —mundo— y afirma, además, aunque persuadido de la dificultad que esto impone, el hecho de que el Nuevo Mundo sea regido por *una gran república*. Esto quiere decir: más allá de las dificultades inherentes, que era muy precisa la idea de Bolívar de avanzar en la construcción de una instancia jurídico-política de gran alcance —Estado o Confederación— a la que llama *gran república*. La gran república debía, por supuesto, ser creada sobre la base de un principio fundamental: la unidad.

Si bien el Libertador es consciente de las dificultades que supone alcanzar una nación en la cual un solo gobierno, unitario y centralizado vincule el todo con las partes; esto, sin embargo, no deja de ser una aspiración medular de su pensamiento político que lo acompañará hasta el final de su vida y que, en efecto, guiará sus acciones, en su condición de jefe del Poder Ejecutivo y, por consiguiente, en la de jefe del Ejército.



¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo...!

Devela aquí el Libertador un aspecto fundamental acerca del propósito de la unidad, el cual no es otro que hacer patente lo que ella implica en el ámbito de las relaciones de poder; pues, al afirmar su esperanza en el establecimiento de un congreso, por demás incluyente —repúblicas, reinos e imperios—, para discutir sobre los *altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras partes del mundo*, lo que está diciendo es que la unidad es un factor de poder —en términos de fuerza, influencia y autoridad—, que permitirá al *Nuevo Mundo*, en el marco del concierto entre potencias, no solo ocupar un espacio propio como sujeto internacional —político, jurídico y militar—, sino, consecuentemente, contribuir al equilibrio de las relaciones internacionales. Evidentemente que la experiencia práctica de luchar por la independencia, contra un poder opresor —el Imperio español—, inspira en Bolívar, como hemos dicho, la necesidad de crear un poder propio —*existencia política* de un nuevo Estado o República— que él denomina Gran Nación o Gran República y que, por antonomasia, se contraponga a las fuerzas devenidas de otros poderes. Visto así, hasta ahora, podemos decir que, para Bolívar, el criterio de unidad, en su pensamiento político, tiene, al menos, una doble aplicación: a) en primer lugar, para encontrar y fundir las *fuerzas internas* fundamentales para consolidar la República y derrotar a los españoles en América. Así lo refiere en la Carta de Jamaica: “... lo que puede ponernos



en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: **es la unión**, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos”. Y b) para establecer una gran nación o confederación de naciones poderosas, como contención a los poderes internacionales, que fomente, como ***fuerza externa***, el *equilibrio del universo*:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo; ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse.

La unidad y el Discurso de Angostura (1819)

En el Discurso de Angostura, también podemos identificar el tratamiento del concepto político de la unidad, desde una perspectiva tanto interna como externa. Nuevamente, el Libertador destaca el carácter medular de esta noción y la asocia —la idea de la unidad— a la posibilidad o no de existir políticamente como república. En el marco de la dimensión de los asuntos internos, manifiesta el Libertador:

Para sacar de este caos nuestra naciente República, todas nuestras facultades morales no serán bastantes, si no fundimos la masa del pueblo en un todo; la composición del gobierno en un todo; la legislación en un todo; y el espíritu nacional en un todo. **Unidad, unidad, unidad...** debe ser nuestra divisa.



Resulta notorio puntualizar que, para el Libertador, la fuente natural contra el caos y contra todas las variables desorganizadoras de la sociedad y del gobierno es precisamente la unidad. Del caos se deriva la entropía y ella conduce, irremediamente, a la desaparición, a la extinción, a la muerte, que no es otra cosa que la desaparición de la existencia política. Adicionalmente, el Libertador Simón Bolívar expresa su convicción de que la unidad sentará las bases para constituir la república, así como la necesidad de su permanencia en el tiempo, invocando, para ello, ya no solo razones políticas o administrativas, sino también espirituales y culturales como emanación identitaria: **“La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla...”**. En el Discurso de Angostura, también observamos la antes mencionada relación que establece Bolívar entre la idea de unidad y la de existencia política. Resulta indiscutible la consistencia de Bolívar con este pensamiento, hecho que demuestra el valor que confiere el Libertador a la reproducción y permanencia de la existencia política, a partir de la energía vital que fluye desde la concepción de la unidad.

He sido arrastrado a rogaros para que adoptéis **el centralismo y la reunión** de todos los estados de Venezuela **en una República sola e indivisible**. Esta medida, en mi opinión, urgente, vital, redentora, es de tal naturaleza que sin ella **el futuro de nuestra regeneración será la muerte.**

De esta concepción de unidad, se derivan, entonces, los denodados esfuerzos del Libertador por promoverla, construirla y mantenerla en el entendido que ella es la piedra angular de su proyecto político, como proyecto de poder. En el marco de la guerra —en particular de la campaña de la Nueva Granada—, no era ilógico pensar



que las operaciones militares eran el instrumento para llevar adelante esta imprescindible idea de su pensamiento político, o, lo que es lo mismo, no se puede negar en Bolívar el carácter motivador que tiene la concepción política de la unidad en la planeación de las operaciones de guerra.

Sobre la unidad entre Venezuela y la Nueva Granada

El Libertador Simón Bolívar nos da una clave fundamental acerca de su pensamiento político en torno a la unidad entre Venezuela y la Nueva Granada, en la propuesta que eleva ante el Congreso de Angostura, el 14 de diciembre de 1819: “La reunión de la Nueva Granada y Venezuela **es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas**”. Esta afirmación no deja dudas acerca del valor que otorgaba Bolívar —incluso desde sus tempranas concepciones políticas— a la unión entre Nueva Granada y Venezuela. La referencia a esta reunión como *objeto único propuesto* le otorga una carga histórica sustancial a la concepción de unidad entre ambas regiones, como base imprescindible para el proyecto emancipador y unitario. Por otra parte, la expresión *desde mis primeras armas* establece una relación intrínseca anticipada entre el pensamiento político y las operaciones militares, entre la idea y la acción en Bolívar, como elemento esencial a los efectos del proyecto de independencia y unidad.

Unión entre Nueva Granada y Venezuela en el Manifiesto de Cartagena (1812)

En el Manifiesto de Cartagena, se puede observar la corroboración en el pensamiento político de Bolívar sobre



la importancia que ya otorgaba a las relaciones entre Nueva Granada y Venezuela, en particular, en cuanto a cómo determinadas circunstancias, en estos territorios, podían impactar favorable o desfavorablemente en una y otra región. En efecto, este manifiesto pretende ser una alerta, para las autoridades y pueblo neogranadinos, en cuanto al peligro que corren por efecto de la desgraciada suerte que le ha tocado vivir a Venezuela. Dice el Libertador: “... presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de Caracas”. Esta reconquista tenía dos objetivos imprescindibles: a) garantizar la *existencia política* de la Nueva Granada e incluso más allá y b) restituir la *existencia política* de Venezuela. Si ambas *existencias políticas* estuvieran vigentes y su control dependiera de las fuerzas patriotas, entonces, sería posible fundar la *existencia política* de Colombia, a través de la unidad entre Nueva Granada y Venezuela. Por el contrario, de no ser así, estaría comprometida la libertad de ambas regiones, pero también la de la América meridional y, en consecuencia, Colombia —la Gran República o Confederación de ellas— sería inviable y así el proyecto continental.

... poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentados... penetren desde la provincia de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional.

Por esta razón, Bolívar expone, en el Manifiesto de Cartagena, que es una cuestión de honor, para la Nueva Granada, apoyar una campaña militar contra los españoles en Venezuela; de ahí, se desprende que el propósito primordial que motiva esta operación militar



es, necesariamente, otro de alcance político: “Libertar la cuna de la independencia colombiana”.

Unión entre Nueva Granada y Venezuela en Cartas a Camilo Torres y Santiago Mariño (1813)

Resulta relevante destacar que uno de los efectos del Manifiesto de Cartagena, aunado a algunas operaciones de Bolívar en el territorio neogranadino, fue garantizar el apoyo del gobierno de la Nueva Granada para que el Libertador emprendiera la campaña que sería conocida como Campaña Admirable. Una vez concluida esta campaña, con la entrada triunfal de Bolívar a Caracas —el 6 de agosto de 1813—, Bolívar le escribe desde el Cuartel General, frente a Puerto Cabello, al presidente del Congreso de la Nueva Granada, Camilo Torres, el 13 de septiembre del mismo año. En esta carta, se puede apreciar, con meridiana claridad, la concreción de las ideas, ya prefiguradas en el Manifiesto de Cartagena y como afirmación de su pensamiento político, acerca de la necesaria unidad entre Venezuela y la Nueva Granada:

Cuando el territorio de Venezuela esté libre de sus enemigos, terminada entonces mi misión: se celebrará la Asamblea representativa de Venezuela, donde será nombrado el Presidente de todos los Estados. Esta misma asamblea **pronunciará sobre la unión con la Nueva Granada, si no estuviera aún sancionada**, y mi destino desde entonces será aquel que conduzca nuestros invencibles soldados contra los enemigos de la independencia americana.

Bolívar ya vislumbraba la instalación de una Asamblea Nacional para determinar en ella el nacimiento



de Colombia, por intermedio de la unión entre Nueva Granada y Venezuela. Esta idea se concretaría, seis años después, en el segundo Congreso de Angostura, el 17 de diciembre de 1819, cuando, efectivamente, se sancionó la Ley Fundamental de la República de Colombia. De igual manera, en una carta enviada por Bolívar al general Santiago Mariño, el 16 de diciembre de 1813, le expresa sus ideas sobre la necesidad de la unidad y, en particular, le refiere sus preclaras convicciones acerca de la unión entre la Nueva Granada y Venezuela.

Apenas **Venezuela unida con la Nueva Granada** podría formar una nación, que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida... Nuestra seguridad y la reputación del gobierno independiente nos imponen al contrario el deber de hacer **un cuerpo de nación con la Nueva Granada**. Este es el voto ahora de los venezolanos y granadinos, y **en solicitud de esta unión tan interesante a ambas regiones**, los valientes hijos de la Nueva Granada han venido a libertar a Venezuela.

Como puede apreciarse, hasta ahora, hay una consistencia lineal en el pensamiento político de Bolívar sobre la unidad de la Nueva Granada y Venezuela, en cuyo seno se funde la concepción política del poder; en efecto, cuando el Libertador plantea que la formación de una nación *debe inspirar a las otras la decorosa consideración que le es debida*, lo hace precisamente guiado por esta concepción del poder nacida y engrandecida sobre la base de la unidad y cuya expresión jurídico-política no es otra que el reconocimiento, el respeto y la fuerza —*decorosa consideración que le es debida*—, bases indispensables para la existencia política. En ese mismo sentido apunta Bolívar,



cuando señala: “**Nuestra seguridad** y la reputación del gobierno independiente **nos imponen** al contrario **el deber de hacer un cuerpo de nación** con la Nueva Granada”; esto quiere decir que Bolívar visualiza la unidad como una fuente de seguridad necesaria para sostener la existencia política de la Nueva Granada, de Venezuela y, por consiguiente, de Colombia. Considérese también como muestra de la materialización natural del principio que hemos venido sosteniendo; a saber, cómo influye el pensamiento político del Libertador en la planificación de las operaciones de guerra. La expresión “... en solicitud de esta unión tan interesante a ambas regiones, los valientes hijos de la Nueva Granada han venido a libertar a Venezuela” revela —de manera indubitable— esta hipótesis cualitativa. En efecto, lo que Bolívar nos está confirmando es que la operación militar —Campana Admirable— venida desde la Nueva Granada hacia Venezuela cobra sentido operacional, en el teatro de la guerra, a la luz del proyecto político de la unión.

Unión entre Nueva Granada y Venezuela en la Carta de Jamaica (1815)

En la Carta de Jamaica, también encontramos referencias del Libertador a la idea de unidad entre la Nueva Granada y Venezuela, reunión de la cual surgiría una nación llamada *Colombia*, cuya capital debería estar en un punto equidistante entre Bogotá y Caracas. El Libertador se inclina a ubicar dicha capital en Maracaibo o, incluso, propone la creación de una nueva ciudad denominada *Las Casas*, donde esta pudiese funcionar: “La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central... Esta nación se llamaría Colombia...; en



lugar de un rey habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio y jamás hereditario si se quiere república...”.

Para el Libertador, sin embargo, era motivo de preocupación —a los efectos de la unidad— la forma de gobierno que se debería adoptar, respecto de lo que interpreta como las preferencias de forma de gobierno de los Estados. Es decir: mientras que él concebía que esta necesaria unidad entre Nueva Granada y Venezuela debía constituir un gobierno central, era también consciente de las preferencias, por ejemplo, de la Nueva Granada con el sistema federal; hecho que, concluye Bolívar, podría llevarla a “formar por sí sola, un Estado...”.

Unión entre Nueva Granada y Venezuela en el Discurso de Angostura (1819)

Por otra parte, en el Discurso de Angostura, documento esencial del pensamiento político del Libertador Simón Bolívar, también encontramos expresiones consistentes con la idea de unión entre la Nueva Granada y Venezuela.

La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho, estamos incorporados.

Nótese que el Libertador argumenta que esta unión entre ambas regiones ha sido “el voto de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas”; es decir: que, en su percepción, hay una suerte de sentimiento o consenso, a nivel de las masas y de los gobiernos, en favor de esta reunión para constituir un “Estado superior”. Concluye esta idea dando por sentado



que la reunión estaría prácticamente consumada, tanto en la aspiración —*anhelada por todos los colombianos*— como en los hechos —*de hecho, estamos incorporados*—. Por otra parte, es también interesante analizar la expresión según la cual “la suerte de la guerra ha verificado este enlace”. A nuestro juicio, pareciera que Bolívar, basado en las experiencias sostenidas en operaciones militares pasadas —como la Campaña Admirable de 1813—, habría confirmado la cercanía, el deseo o la predisposición entre los pueblos en favor de la unidad. Este “consenso entre los pueblos” y los gobiernos por la unidad obedecería a la necesidad de fortalecerse mutuamente en el marco de la guerra contra los españoles y con el objetivo fundamental de la independencia. Sin duda, y como ya hemos dicho, para Bolívar solo era posible la existencia política de Colombia, garantizando, antes, la existencia política tanto de la Nueva Granada como de Venezuela.

Lecciones y conclusiones

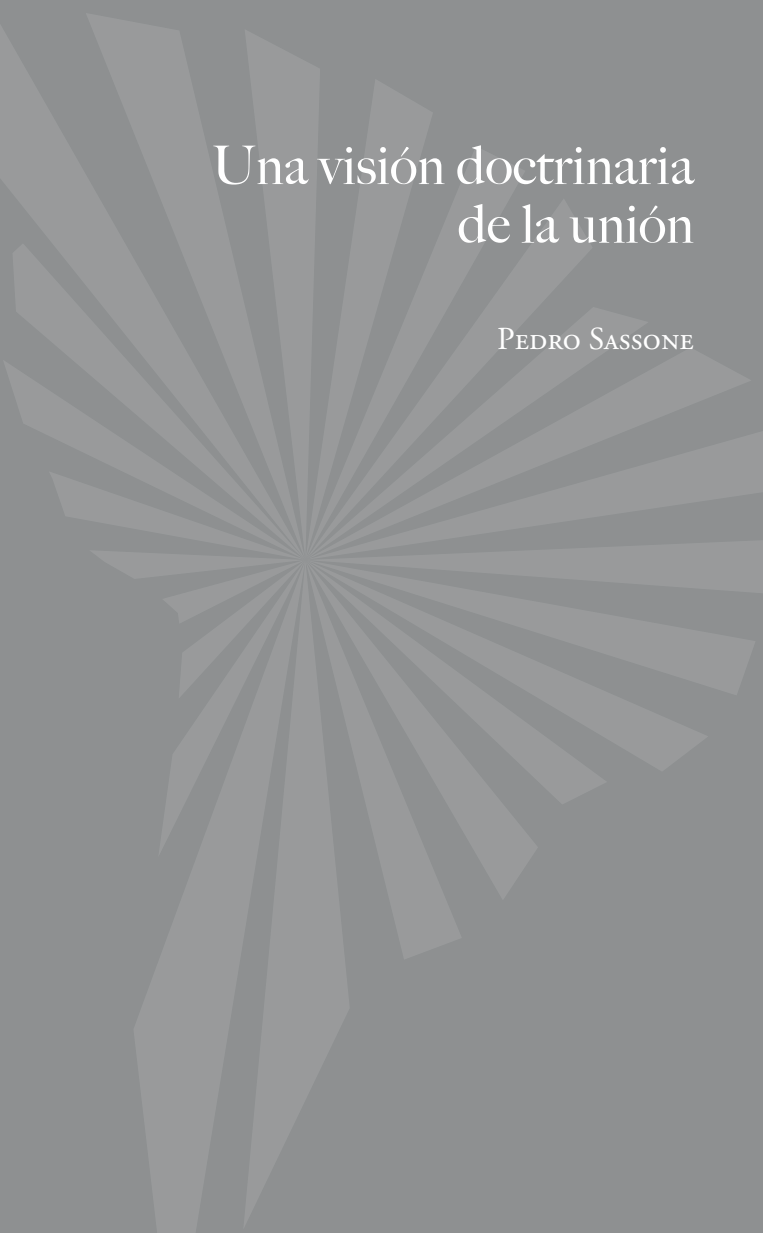
La unidad es una categoría esencial en el pensamiento político del Libertador Simón Bolívar, cuyo alcance y cuya trascendencia, dentro de lo que él proyecta como la *gran nación* o *república americana*, está aún pendiente por realizarse. Parece inevitable insistir en la necesidad de enarbolar los mandatos doctrinarios que el pensamiento político de Bolívar impone a las generaciones políticas y militares de Venezuela y de toda América Latina y el Caribe, para lograr una verdadera comprensión y compromiso, con la fuerza vital que supone la unidad como ideología para la acción concreta. La unidad debe ser —a nuestro juicio— un principio ideológico que caracterice la política internacional de la región de América Latina y el Caribe; ideológico...



como cuerpo de ideas para la unión, que trascienda los gobiernos y permee la conciencia de los pueblos. No puede ser la unidad un instrumento de los enemigos de ella para, precisamente, negarla, porque la unidad trasciende a las izquierdas y a las derechas políticas y se transforma, más bien, en un factor de encuentro y cimentador de la acción colectiva regional. Es la unidad —como se desprende de Bolívar— un factor de poder político, económico, militar, cultural; por ello, la unidad termina transformándose en un enemigo existencial de los poderes tradicionales de la geopolítica global. Disensiones civiles, vicios de unidad fueron características primarias negadoras de los procesos de independencia de hace doscientos años y obstáculos de los procesos de unidad de los siglos XX y XXI. La negación de la unidad es la negación de la existencia política de la región latino-caribeña; es decir: la fragmentación del poder y de la capacidad de incidir en el equilibrio global.

Hoy, tenemos la responsabilidad, como nuestros antepasados, ayer, de transformar el concepto de unidad en una categoría dinámica, promotora de la acción concreta. No nos referimos a la unidad como concepto estático, de alcance perceptivo, aspiracional o voluntarista, sino a una verdadera ideología —ideología de la unidad— como fuerza profunda de acción en todos los niveles de la gestión del Estado, de la nación y de los pueblos.





Una visión doctrinaria de la unión

PEDRO SASSONE



Sociólogo, con maestría en Planificación del Desarrollo. Jefe de la Misión Diplomática de Venezuela en Quito (Ecuador) y director general del Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual. Correo electrónico: sassonepedroantonio@gmail.com.

El concepto de la unión es un elemento fundamental en el pensamiento latinoamericano, desde el punto de vista político.

En primera instancia, quisiera decir que la concepción central de la unión se debe redimensionar, en términos de pensarla y conceptualizarla como una doctrina. Cuando hablamos de doctrina, estamos hablando de un conjunto de conceptos y de relaciones, de definiciones y de identidades, desde una perspectiva histórica.

En el pensamiento latinoamericano y en el pensamiento de la República Bolivariana de Venezuela, sobre la doctrina de la unidad, se han venido haciendo aportes conceptuales, que han sido expresados en el pensamiento del comandante Hugo Chávez y del presidente Nicolás Maduro. Hoy por hoy, la unidad se concibe como un eje central, en términos de la búsqueda de la política de la *diplomacia de paz*. Esa doctrina tiene un fundamento central, que es el pensamiento bolivariano; es decir: su fundamento histórico es el pensamiento del Libertador, o sea, el pensamiento de la unidad de la república, el pensamiento de la creación



de la patria grande; es el elemento central que caracterizó todo el desarrollo del proceso independentista —que va desde 1811 hasta la muerte del Libertador, en 1830—. Recordemos que el concepto de la unión de Simón Bolívar es un concepto central para lograr la independencia.

No se hubiese podido alcanzar la independencia sin el concepto de la unión; incluso, el propio concepto de la república. La unión era el elemento central de la construcción de poder; fuimos una gran potencia, y se logra en un proceso de un recorrido que arrancó en la batalla de Carabobo y tuvo su cierre en la batalla de Ayacucho. Carabobo nos llevó a Pichincha, Pichincha nos llevó a Junín y Junín nos llevó a Ayacucho; es todo un hilo conductor dentro de un pensamiento de patria grande. ¡No había manera de derrotar al viejo colonialismo español, si no había integración!; de hecho, así se logró: fueron los ejércitos libertadores, que se fueron conformando, a lo largo de la historia; se fueron conformando el liderazgo de Bolívar, el liderazgo del Gran Mariscal de Ayacucho, en las victorias secuenciales. Por lo tanto, hoy, hablar de la unidad es hablar del pensamiento bolivariano.

Eso nos conduce a otro elemento trascendental: la experiencia concreta de cómo hemos venido, desde Venezuela (desde el comandante Hugo Chávez y, ahora, el presidente Nicolás Maduro), planteando la necesidad de trascender más allá del pensamiento tradicional de la integración: más allá de la integración netamente económica, para pensar en una unidad concreta, desde una visión integral, que cubra lo político, lo económico, lo social, la seguridad y defensa; y, en última instancia, una unidad en términos de los problemas fundamentales de América Latina y el Caribe.



Partimos de la noción de que no es posible superar los problemas estructurales —en lo que respecta a construir una base económica, un desarrollo industrial propio, la independencia y la soberanía en el campo ideológico, en el campo del desarrollo industrial, en el campo educativo—, si no se construye una plataforma de unidad entre los pueblos latinoamericanos, en relación directa, igualmente, con la participación del pueblo, como sujeto de la integración. Desde ese enfoque, la unidad en América Latina, lamentablemente, ha pasado por diferentes fases: no se ha tenido la visión de mantenerla en el tiempo; se ha destruido en momentos determinados y, exactamente, en la última etapa, que empiezan, otra vez, las concepciones neoliberales a imponerse (la concepción neoliberal tiene un eje, que es el eje de la desintegración), hemos visto dos fuerzas contrapuestas. Una de ellas es la fuerza de la desintegración, representada en el viejo modelo neoliberal. El modelo neoliberal, por definición, es desintegrador, porque separa la totalidad, separa la participación en la visión colectiva de nación, separa la relación entre los países, separa los conceptos de complementariedad y cooperación entre los países. Allí, Estados Unidos, una vez más, juega un papel que incide en los países para acabar con los procesos de integración. Así, se ha venido imponiendo una corriente; en la historia, así lo encontramos: se congeló la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), se trató de cerrar la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac); la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) ha venido resistiendo en ese proceso; es una dinámica política, en términos de una correlación de fuerzas. La necesidad de los movimientos de izquierda, de los gobiernos de izquierda es fundamental para retomar el proceso de integración: es una necesidad histórica. Ahora,



retomar los procesos de integración pasa por valorar lo alcanzado; hay resultados en el proceso.

En el caso de Unasur, por ejemplo, independientemente de que, hoy, esta organización está viviendo un momento de desestructuración (está congelada en el tiempo, producto de las relaciones, justamente políticas, donde se ha venido imponiendo la concepción neoliberal), hay logros importantes de una historia compartida, de una institucionalidad existente; hay logros importantes en los consensos fundamentales en diferentes materias. Es decir: retomar, hoy, el camino de los procesos de unidad —a partir de la concepción amplia, integral— pasa por valorar lo alcanzado, pasa por valorar la experiencia institucional. En este contexto, la Alianza Bolivariana está llamada a jugar un papel importante: un papel articulador de un pensamiento político de avanzada; de un pensamiento político antiimperialista; de un pensamiento político acerca de aprovechar las potencialidades y las propias capacidades de los países; de un pensamiento de construcción propia, en términos de los avances y de las elaboraciones conceptuales. En esa dinámica, en lo que concierne a la valoración de lo logrado, es importante construir una metodología de comparación, de evaluación de cada una de sus referencias, bien sea en lo institucional, en los consensos o en los contenidos de política (hay unos contenidos de política alcanzados que son relevantes).

Los contenidos de política, por ejemplo, en el Consejo de Defensa de Unasur, donde se avanzó en la construcción de una doctrina de defensa; en lo electoral, se avanzó en una concepción de la preservación y fortalecimiento de la democracia; en lo energético, se avanzó en transformar la energía, como un vehículo importante; ahí, vale colocar



algunos activos importantes, como recordar a nuestro amigo y camarada Alí Rodríguez Araque.

Alí Rodríguez Araque decía: Hay un elemento fundamental que tiene que ser un eje en los procesos de integración, y tiene que ver con la visión soberana de los recursos naturales; es decir: la necesidad de darles valor agregado a los recursos naturales, mediante procesos industriales y el desarrollo tecnológico; hoy, esa visión tiene una amplia vigencia, sobre todo cuando los recursos naturales se han transformado en el centro de la disputa geopolítica global, y Venezuela es poseedor de un gran potencial mundial en lo petrolero, en lo gasífero, en la biodiversidad.

En la actualidad, el marco geopolítico mundial es un marco geopolítico en transición, un marco geopolítico en disputa de dos fuerzas o de varias fuerzas, a la vez: una fuerza que trata de imponer el viejo mundo unipolar, de imponer las viejas hegemonías, que se niegan —desde el punto de vista de la acción, de la realidad concreta— a aceptar que hay otro mundo en proceso; otros bloques de poder; otras referencias, en términos de la relación con los países... ese viejo mundo unipolar, cuyo eje fundamental tiene que ver con la estrategia de guerra; y el mundo multipolar en nacimiento, un mundo multipolar que aspiramos que sea un mundo multipolar donde se coloque, otra vez, el Derecho Internacional como fundamento central... un mundo multipolar que respete las diferencias, la convivencia pacífica de los pueblos... un mundo multipolar para la humanidad, para la paz. En ese mundo en confrontación, en el que el viejo mundo unipolar se niega a ceder frente a las nuevas realidades (como los BRICS —Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica—; Rusia, China... países como Venezuela, que conciben y desarrollan una nueva filosofía de la diplomacia



de paz), no hay manera de influir si no hay unidad, si no hay el encuentro entre los países, en sus capacidades. Eso quiere decir que, divididos, no vamos a poder incidir en la nueva conformación del mundo; es decir: es pasar de ser objeto a pasar a ser sujeto político internacional; pero convertirse en sujeto político internacional pasa por construir bloques de poder, y los bloques de poder se construyen desde la unidad, desde el encuentro de los pueblos, desde el encuentro de los países, desde el encuentro de las naciones.

Por lo tanto, ese es el gran reto histórico; es decir: es el dilema, otra vez, de 1830, el dilema después de la muerte del Libertador. Una vez que desaparece físicamente el Libertador, toda aquella conformación de poder de la Gran Colombia desapareció, pues nos conformamos en pequeñas repúblicas; entonces, la historia, en esa visión circular, parece que nos enfrenta otra vez a ese dilema: o nos unimos o no tenemos capacidad de influir en este mundo en conformación. Dicho de otro modo: si no nos unimos, pasaremos a ser solamente un espacio territorial subsidiario, sin capacidad de influir en las transformaciones, en las agendas. Por lo tanto, ¡ese es el reto! En ese reto fundamental, evidentemente que el impulso de la ALBA, el fortalecimiento de la Celac y retomar Unasur tienen un papel estratégico. Así lo ha definido el comandante Chávez y así lo ha delineado el presidente Maduro.





ALBA: propuesta de futuro para América Latina y el Caribe

SERGIO RODRÍGUEZ GELFENSTEIN



Una versión preliminar de este texto circuló, el 10 de mayo de 2024, por varias plataformas digitales, que respetan la libertad del autor de publicarlo en otras fuentes.

Internacionalista, con doctorado en Estudios Políticos, Universidad de Los Andes-Mérida.

Correo electrónico: sergioro07@hotmail.com.

A finales de abril de 2024, se celebró, en Caracas, la XXIII Cumbre de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP). Dos lectores, por separado, me escribieron para preguntarme si no iba a escribir sobre ese acontecimiento. Casualmente, unos días después, la Secretaría General de la ALBA, que tiene su sede en Caracas, me invitó a dar una ponencia en el seminario “La unidad latinoamericana y caribeña frente a la geopolítica imperial”. El texto que sigue, a continuación, es una versión resumida de dicha ponencia, en la que intento hacer un aporte para la construcción de esta idea y de esta alianza.

Hablar de la ALBA obliga a hacer un análisis retrospectivo que nos dé las pautas del surgimiento de esta propuesta. Para ello, voy a regresar, un poco, para entender el contexto histórico en el que se desarrollaron las luchas de Bolívar y para estudiar su legado, que hoy tiene presencia; porque arropados bajo las ideas de Bolívar es que se puede construir, hoy, una alternativa al neoliberalismo.



La historia de nuestra América independiente es la historia de la confrontación entre dos ideas: la monroísta y la bolivariana. James Monroe diseñó una política exterior para Estados Unidos que, en primera instancia, se proponía alejar —en interés propio— a los europeos de América. Asumieron que América era una región destinada, por Dios, para ser dominada por Estados Unidos. De ahí viene la política del “destino manifiesto”. A esa idea de Monroe, que expuso en diciembre del año 1823, en un discurso ante el Congreso de Estados Unidos, Bolívar respondió casi inmediatamente. Se vivía un momento de culminación de las luchas de Independencia y, en 1824, dos días antes de la batalla de Ayacucho, hizo un llamamiento para que los países independientes se reunieran en Panamá, en un congreso donde se iban a sentar las bases de la unidad latinoamericana.

A partir de entonces, Estados Unidos empieza a construir su idea de la integración: la idea panamericana, que se sustenta en su hegemonía sobre la región. A esta idea se opuso la propuesta bolivariana, que plantea que “nuestra América” —como, posteriormente, la llamó Martí, en una visión más amplia— debía construir su propia identidad y hacer su propio proceso de integración. Esta contradicción aún, hoy, no está resuelta.

La idea bolivariana quedó detenida en el tiempo, después de la muerte del Libertador, en 1830, y parecía que había quedado totalmente derrotada, y que ya no podía tener espacio en nuestro continente. Sin embargo, ya en el siglo XIX, incluso en parte del XX, hubo intentos de prolongar la idea de Bolívar, tal vez de construir una ALBA, en aquel momento, sin Estados Unidos; entre los años 1847 y 1865, se realizaron tres congresos (dos en Lima y uno



en Santiago de Chile) en los que participantes de diversos países se reunieron para no dejar morir la idea bolivariana y retomar el ideal de unidad. En esta época, destacan el chileno Francisco Bilbao; el uruguayo José Enrique Rodó; los argentinos Juan Bautista Alberdi, Juan Manuel de Rosas y Felipe Varela; el puertorriqueño Eugenio María de Hostos; los hondureños Francisco Morazán y José Cecilio del Valle; el colombiano José María Torres Caicedo; y José Martí, el Apóstol de la Independencia de Cuba.

En este ámbito de contradicciones, se ha movido América Latina y el Caribe. Durante casi 200 años, la idea bolivariana de unidad latinoamericana permaneció largamente sumergida y apagada. Los pueblos latinoamericanos no tenían opciones: la primera gran alternativa de libertad —que todavía hoy subsiste— fue la Revolución cubana, que trajo a nuestro continente una opción distinta. Dos décadas después, en 1979, triunfó la Revolución Popular Sandinista, dando continuidad al proceso iniciado por Cuba. Es importante saber esto, sobre todo por las nuevas generaciones, para conocer que la lucha de los pueblos de nuestra América ha tenido continuidad en el tiempo, por más de 200 años.

La última década del siglo pasado —tras el fin del mundo bipolar y la desaparición de la Unión Soviética, el campo socialista— fue una década de caos; se trataba de buscar un paradigma para organizar al mundo y no había una idea clara. La mayor parte de la humanidad deseaba que hubiera mayor equidad, una institucionalidad internacional más democrática, una redistribución más justa del ingreso; que desapareciera el modelo consumista depredador del planeta; que hubiera una mayor equidad en la distribución de los recursos, para que se pudieran utilizar —ya que



no iba a haber más guerras— para la salud, la educación, el desarrollo científico y la agricultura. Sin embargo, eso no ocurrió; los pueblos de América Latina y el Caribe entendieron que debían organizarse, pero debían hacerlo de manera distinta, porque lo que había ocurrido durante el siglo XIX y, durante la mayor parte del XX, no había dado resultados positivos para la libertad y felicidad de nuestros pueblos.

Bajo la idea de lucha contra el terrorismo, tras el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos reestructuró su aparato militar en América Latina y el Caribe, y en el mundo. Ello estaba ocurriendo cuando finalizó el siglo XX y comenzó el XXI; pero, en Caracas, se escuchó una campanada. En diciembre del año 98, en las elecciones presidenciales, el pueblo venezolano decidió que esto debía cambiar y eligió al comandante Hugo Chávez como presidente de la República de Venezuela.

El presidente Chávez llegó al poder con un país, que —siendo el quinto productor mundial de petróleo— tenía 51 % de pobreza y 20 % de pobreza extrema; tenía un millón doscientos mil analfabetas; tenía un millón cuatrocientos mil niños que no podían entrar a las escuelas, porque sus padres no podían pagarla; un país donde la madre veía morir a sus hijos, porque no tenían atención de salud; un país cuyo petróleo era enviado en su totalidad hacia el Norte, porque Venezuela no tenía ningún convenio petrolero con los países del Sur global.

En esa situación, el presidente Chávez se dio a la tarea de empezar a cambiar esta estructura injusta, y comenzar a recuperar el proyecto bolivariano que había quedado truncado en 1830. Con ese objetivo, dio inicio a la ejecución de profundas transformaciones económicas,



políticas y sociales, que redundaron en un mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

Chávez recuperó la industria petrolera para el pueblo y la puso bajo la soberanía del país. Eso, evidentemente, no le gustó a Washington, para quien era inaceptable que, siendo el amo del mundo, no pudiera sentar las bases y marcar las pautas del comportamiento de Venezuela; y lo que era peor: que ese ejemplo pudiera extenderse por la región y por el mundo. Chávez comprendió que, al apropiarse de su riqueza energética, Venezuela podía y debía utilizarla como instrumento de liberación y de independencia de los pueblos de América. Al hablar de energía, debe recordarse que no se trata solo de petróleo, del cual Venezuela posee la mayor reserva del planeta, sino también de gas, agua y oxígeno, que la región posee en abundancia.

Ya no se trataba de lograr la independencia política, que se había conseguido a inicios del siglo XIX, sino la independencia económica, que se debía conquistar para ser verdaderamente libres. Para ello, los recursos de la región (y los de Venezuela, como parte de ella) debían ser puestos al servicio no solo del pueblo venezolano, sino de los pueblos hermanos de América Latina y el Caribe.

En otros países de la región, se comenzaron a desarrollar también sus propios procesos de toma de conciencia y de emancipación y, así, vinieron, uno detrás de otros, gobiernos populares, que emprendieron procesos progresistas, populares y democráticos. Los países de América Latina y el Caribe empezaron a conocerse y a tener vínculos más cercanos. Asimismo, entendieron que las necesidades de todos eran las mismas y, “sorpresivamente”, se descubrió que tenían economías complementarias y que, si se lograba establecer un



comercio justo entre los pueblos, se iba a ampliar el espacio de libertad; espacio al que, poco a poco, se fueron sumando otros países con gobiernos que, aun teniendo un mayor o menor grado de relación y hasta de subordinación con el imperio, finalmente, eran gobiernos —a los que la fuerza de la necesidad que genera la crisis que agobiaba (y que agobia) a la región y al mundo, en general— obligados a producir un acercamiento con sus pares.

Hoy, la crisis no se expresa en un solo aspecto, sino que ya es múltiple: es energética, es alimentaria, es monetaria, es ética y moral, es política; de manera que se ha ido configurando como una crisis total, que, además, no afecta a un único país en un área determinada del planeta, sino que ya se pueden observar esbozos de una crisis estructural, una crisis del capitalismo.

Estos elementos de análisis permiten sacar conclusiones a favor de explicar las razones de la necesidad del surgimiento y de la validez de la ALBA, porque se han ido creando condiciones para reanudar el proyecto de Bolívar —y no solo el de Bolívar, también el de otros padres fundadores de la nacionalidad latinoamericana y caribeña, *nuestroamericana*, como la llamó Martí—.

Ya, en 1814, Bolívar esbozaba su mirada sobre este asunto cuando dijo:

Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir, como suceso, a las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y este coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso no puede formarse sino de la reunión de toda la América meridional, bajo un mismo cuerpo de nación, para que un solo gobierno central pueda aplicar sus grandes recursos a



un solo fin, que es el de resistir, con todos ellos, las tentativas exteriores, en tanto que, interiormente multiplicándose, la mutua cooperación de todos ellos nos elevará a la cumbre del poder y la prosperidad.

Después, en la Carta de Jamaica de 1815, avanzó en su proyecto:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo, una sola nación, con un solo vínculo, que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno, que confederase los diferentes estados que hayan de formarse....

La ALBA es expresión concreta de estas ideas. Bolívar no pudo dedicarse, a plenitud, a ese objetivo, porque las ambiciones mezquinas de las oligarquías pudieron más en las naciones recién independizadas. A partir de entonces, las élites de poder local han insistido en que la integración es imposible, porque “somos muy diferentes”. Por el contrario, en la Carta de Jamaica, Bolívar enseña que, por ser diferentes, los pueblos de América son más fuertes. Pero nos han enseñado que somos débiles, porque somos diferentes. La verdad es que, al estar formada por pueblos diversos, la América es invulnerable. Solo que hay que aprender a manejar e imponer esa invulnerabilidad.

Al ser un continente con enormes reservas de agua, de gas, de petróleo y de tierra, América podría ofrecer energía, agua, oxígeno y alimentos a todo el planeta; pero, para ello, se necesitan recursos financieros con los que no se cuentan. Para sustituirlos, se requiere cooperación, pero no de cualquier tipo. La cooperación “huérfana”, (si no tiene



otros ingredientes, si no se le da un sentido humanitario y de respeto a la soberanía de los pueblos) carece de valor; porque la cooperación no se puede transformar en un instrumento colonial de dominación.

Por tal razón, la cooperación en el marco de la ALBA, se debe sustentar en los principios de solidaridad, respeto a la soberanía, equidad y complementariedad. La solidaridad tiene que ver con que la cooperación sea incondicional, ajena a imposiciones; porque no es cooperación la que se ofrece bajo medidas de fuerza: eso se llama *intervención*.

La cooperación en la ALBA la deciden los países miembros, de común acuerdo, sin imposiciones; porque actúan en un plano de equidad y complementariedad. Esto hace que, en la cooperación, no haya donantes agresivos y receptores pasivos, sino que, en la ALBA, la complementariedad hace que cada quien aporte de acuerdo con lo que puede, participando todos en igualdad de derechos y deberes. Es decir: la participación debe ser equitativa. Otro principio de la ALBA es el de la soberanía. Cada acción tiene que partir del irrestricto respeto a la soberanía de cada país, una condición *sine qua non* para poder participar.

Estos son los principios que rigen la ALBA. Es lo distinto que se quiere construir al apropiarse, nuevamente, del proyecto bolivariano.

La ALBA ya es, hoy, un conglomerado de diez países, con casi 2 500 000 km² y más de 50 000 000 de habitantes que tiene presencia en el Caribe, en las entrañas de los Andes y en el norte de Sudamérica, así como en el corazón de la América Central. En la ALBA, se habla en inglés y castellano; y en aymara, quechua, y guaraní. Es una alianza



de países diversos, a lo largo de todo el territorio de América Latina y el Caribe.

La ALBA es una realidad que tiene que llegar a ser mejor porque es un proyecto que no está totalmente escrito: aún está naciendo... está siendo construido por los pueblos. Es una conjunción de organizaciones sociales, partidos y gobiernos, que deben estar unidos en torno a la idea bolivariana para obtener buenos resultados.

Una de las características diferenciadoras que debería tener la ALBA es que debe ser construida de forma colectiva, porque nadie tiene la verdad absoluta respecto a cómo desarrollar el proceso: solo la creatividad y la gran sabiduría de los pueblos es la que permitirá construir esta obra que debe de ser de todos.

La ALBA nació hace apenas veinte años, y nadie sabía cómo iba a ser. Surgió de las ideas de Fidel y Chávez; así empezó a materializarse el renacimiento del ideal bolivariano hecho realidad en la ALBA, por la mera convicción de que la única manera de vencer es estando unidos. Se ha demostrado que es posible si cuenta con la participación de todos, con una contribución consciente de cada uno, creando, pensando y aportando, en el camino de la segunda independencia. ¡Ese es el objetivo de la ALBA!



La unión latinoamericana
y caribeña frente a la inteligencia
artificial generativa
y al proyecto de dominación
globalista actual

MIREYA BOLETT



Dra Mireya Bolett, Lcda. en Letras, UCV, con doctorado en Ciencias de la Educación, Unesr. Docente investigadora en el posgrado de Educación Avanzada de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.

Este ensayo constituye una reflexión sobre la importancia de la integración/unión latinoamericana y caribeña, ante una época emergente caracterizada por la reciente colocación (a finales del año 2023), en la agenda pública mundial, de la inteligencia artificial generativa para uso masivo. Esta política programada por el sistema moderno-capitalista nos convoca a pensar el tema de cómo el proyecto de dominación globalista, a través de la difusión de contenidos, constituye una amenaza para la unión cultural y educativa entre los pueblos de América Latina y el Caribe.

Desde los albores de la independencia, la búsqueda de la unidad ha sido un anhelo constante en América Latina. Diversas propuestas de integración regional han surgido, a lo largo de los siglos XIX, XX y XXI, con el objetivo de fortalecer los lazos de cooperación y solidaridad entre las naciones latinoamericanas y del Caribe, que, a pesar de diferencias georreferenciales o de otra índole, tienen profundas razones que las unen.



Las propuestas de integración

El siglo XIX estuvo marcado por el ideal de la Gran Colombia, el sueño de Simón Bolívar de unir a las naciones recién independizadas, bajo un solo estandarte. Aunque este proyecto no llegó a fructificar, sentó las bases para el pensamiento integracionista en la región. En el siglo XX, la Organización de los Estados Americanos (OEA) nació como un foro para la cooperación política y económica, pero su alcance se vio limitado, por las diferencias ideológicas y por las intervenciones extranjeras, que han sido una constante en su propósito para la dominación.

El siglo XXI ha sido testigo de un resurgimiento del integracionismo latinoamericano, con la creación de mecanismos como el Mercado Común del Sur (Mercosur), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac). Cada uno de estos proyectos ha aportado para la construcción de una integración regional más sólida y duradera.

La ALBA, nacida el 14 de diciembre de 2004 —mediante un acuerdo firmado entre el presidente de Venezuela, Hugo Rafael Chávez Frías; y el presidente de Cuba, Fidel Castro Ruz—, como alianza política, económica y social en defensa de la independencia, la autodeterminación y la identidad de los pueblos que la integran: Antigua y Barbuda, Cuba, Bolivia, Dominica, Granada, Nicaragua, San Cristóbal y Nieves, San Vicente y las Granadinas, Santa Lucía y Venezuela —y, como invitados especiales, Siria, Haití y Surinam—, constituye, desde sus bases fundacionales, un proyecto de transformación y liberación para la unión de los países que la integran. Esta organización incorpora,



en abril de 2006, el Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP). ALBA-TCP se distingue de otras propuestas integracionistas, por su enfoque social y humano, con énfasis en la complementariedad económica, la solidaridad y la cooperación entre los países miembros. En este tenor, ha implementado programas en áreas como la salud, la educación, la cultura, la comunicación y la energía, con un impacto positivo en la vida de millones de personas en la región.

ALBA-TCP integra a la comunidad regional, que tiene historias comunes y potencialidades para la unión. Más allá de factores de integración comercial, ha contribuido significativamente a la integración regional en diversas áreas, como la promoción del comercio intrarregional, la cooperación energética, la defensa de la identidad latinoamericana y el impulso a iniciativas de desarrollo social y educativo e incluso en el nivel de salud. Como ejemplo de ello, se tiene la Misión Milagro y, más recientemente, el apoyo con vacunas anticovid-19 a países que no tenían acceso a estas, afianzando el compromiso y la trayectoria que, desde la Venezuela bolivariana, se le ha dado a la integración/unidad, aun cuando ha estado sujeta a tensiones políticas e ideológicas, lo que ha dificultado, en ocasiones, el avance de la agenda integradora.

Uno de los principios de ALBA-TCP, además de la cooperación y solidaridad entre los países que la conforman, y que brinda alto apoyo a la integración/unidad, es el principio de defensa de la identidad y la cultura latinoamericana y caribeña, lo que implica reconocer y valorar las raíces históricas y culturales de la región, así como promover su difusión y su promoción, tanto dentro como fuera de sus fronteras. Es un compromiso con la defensa de la identidad



y la cultura latinoamericana y caribeña; miembros de los países que la integran se comprometen a proteger y preservar las tradiciones, valores, costumbres, lenguas y demás aspectos que conforman la diversidad cultural de los países de América Latina y el Caribe.

Para ALBA-TCP, la identidad cultural y la comunicación revolucionaria representan puntos de significativa importancia para la unión latinoamericana y caribeña, además de las alianzas económicas o de otra índole. Ambas vehiculizan lo que nos une como pueblo, como el elemento central del alma de la integración regional: nos permiten reconocer nuestra identidad común y celebrar nuestra rica diversidad. La promoción del intercambio cultural y la defensa del patrimonio cultural e intelectual latinoamericano-caribeño son pilares fundamentales para fortalecer la unidad e integración regional.

La unión de los pueblos periféricos ante la aparición de una nueva oligarquía: la inteligencia artificial generativa (IAG)

Hoy, cuando las periferias planetarias enfrentan una profunda crisis, donde pareciera que todo tiene que adecuarse a un nuevo “orden mundial”, en un escenario donde las expresiones más irracionales del fascismo han regresado: guerras coloniales de exterminio, perpetradas por las grandes potencias bélicas, que masacran civiles indefensos; desplazamientos forzados, torturas, mutilaciones, desapariciones, asesinatos selectivos, ecocidios —donde las comunidades originarias son destruidas junto a los ecosistemas—; industrias como la farmacéutica, la bélica, la telecomunicación y la recreación silencian el clamor de los pueblos oprimidos del planeta, es una razón más que suficiente para pensar en una unión de los Sures



globales. Bajo ese panorama, en el escenario mundial, surge la IAG como una herramienta poderosa que tiene el potencial de transformar la manera en que vivimos, trabajamos y creamos.

Los economistas Simon Johnson y Daron Acemoglu, citados por José Antonio Marina (2016), sostienen que se está frente al nacimiento de una nueva oligarquía, que tendremos que estudiar: la *oligarquía tecnológica*. Al respecto, compartimos cita de lo expresado por los autores:

Ha aparecido una oligarquía con una nueva visión: una camarilla de líderes tecnológicos con orígenes similares, una visión del mundo parecida, unas pasiones comunes y, por desgracia, unos ángulos muertos casi idénticos. Es una oligarquía, porque se trata de un pequeño grupo con una mentalidad compartida que monopoliza el poder social y desprecia sus efectos perjudiciales sobre las personas sin voz ni poder. La influencia de este grupo no proviene de tanques y misiles, sino de su acceso a los pasillos del poder y su influencia sobre la opinión pública. Esta oligarquía resulta tan convincente porque disfruta de un gran éxito económico. También, porque tiene carisma y ha seducido a “los influyentes guardianes de la opinión pública: periodistas, líderes empresariales, políticos, académicos y todo tipo de intelectuales”.

Ante esta nueva oligarquía, empieza a reafirmarse la concepción determinista de la técnica. Es decir: se considera que esta progresa, de manera inevitable y autónoma, impulsada por factores científicos y técnicos; y que esto configura, en gran medida, los cambios sociales y culturales. Sin embargo, también hay una postura crítica ante la IAG (aunque tímidamente, en nuestra región, si se



evalúa con la revisión bibliográfica realizada), que cuestiona la visión neutral de la tecnología y critica a la IAG como un instrumento que refleja y reproduce las relaciones de poder existentes, la dominación, la discriminación y el control social. Postura esta última que asumimos, al considerar que la IAG representa, para la región latinoamericana y caribeña, un reto ante los riesgos potenciales que esta representa: una nueva tecnología que, al profundizar la relación máquina-humanos, tiene inevitables efectos sociales y culturales que deben ser interpretados, de manera particular, atendiendo el reto que tal situación provoca, para avanzar en la unidad cultural de los pueblos de la región, en defensa de su soberanía.

Emerge un presente incierto, que nos conduce a interpretar las dificultades de la integración/unión latinoamericana y caribeña ante la IAG por los contenidos que se difunden y la imposición de nuevos haceres intelectuales.

La inteligencia artificial generativa y el contorno de lo humano

La IAG es un campo de la tecnología que se centra en la creación de sistemas capaces de generar contenidos imitando el proceso creativo del ser humano. Así, a partir del ChatGPT, han surgido otros modelos que avanzan y se modifican rápidamente, pero siempre conservando la matriz inicial de generar textos, imágenes, códigos y mucho más.

No obstante, la relación *inteligencia-creatividad* es un tema controvertido. La creatividad es una forma de inteligencia superior, que requiere no solo la capacidad de procesar información y resolver problemas, sino también la capacidad de pensar de manera original, innovadora y disruptiva; lo que, hasta ahora, es imposible de hacer



por una máquina programada, por algoritmos (lenguaje matemático), para emitir respuestas a consultas humanas.

Para algunos autores, la inteligencia y la creatividad son dos habilidades distintas: la inteligencia es la capacidad de aprender, comprender y aplicar el conocimiento, mientras que la creatividad se refiere a la capacidad de generar ideas nuevas y originales. No obstante, una ligera interpretación podría concluir que, como “inteligente”, a la IA le faltaría la capacidad de comprender; pero es evidente que apropiarse de términos como *inteligencia* o presentar imágenes en las que aparece la IA bajo una figura humana son estrategias para equipararlas al ser humano, porque le sirve a la colonización de la vida cotidiana, en un espectro mundial.

Mariano Sigman y Santiago Bilinkis (2023), estudiosos del tema tecnológico y de la inteligencia artificial, exponen, en su libro *Artificial*, que, sin minimizar el alcance de estos desarrollos tecnológicos, es importante destacar que, conociéndose tan poco como se conoce el cerebro humano e ignorando bastantes de los mecanismos de la inteligencia humana, los propulsores y creadores de los modelos de IA se han atrevido a diseñar y generar máquinas que se presentan como una emulación a la inteligencia humana. Como dicen estos autores, tratar de replicar la mente humana, sin comprenderla del todo, abre un abismo de incertidumbre, de impredecibilidad, no exenta de riesgos.

Según estos autores, los diseñadores de la IA entendieron que, así como la distinción de tecnología nuclear fue determinante para el futuro del mundo, y que ello tuvo un rol decisivo e inevitable —por acción u omisión— en la configuración del mapa global, el avance y la penetración de la IAG en el mundo puede servir como guía para pensar la vigilancia y el control que pudiera ejercerse desde el uso



de esta herramienta en el futuro cercano; un control y una vigilancia que, desde el panóptico digital, estaría facilitando procesos de colonización *blandos*; es decir: sin el empleo de la violencia física, pero igualmente efectivos, a través de la penetración hasta las esferas más íntimas de las personas, con la intención de crear una *ciudadanía digital*.

De allí, la necesidad de comprender las implicaciones profundas de esta tecnología que está transformando nuestro mundo. Debemos superar la percepción de que nosotros solo la utilizamos; ello implica entender que, sin un espíritu crítico, ella nos estaría utilizando a nosotros, como en el caso de las conversaciones de la inteligencia artificial generativa y sus *chatbots* que, en un ambiente persona-máquina, íntimo y de contacto amable, nos deja a merced de ese informante digital que, a través de algoritmos, responde a las preguntas que le hacemos.

Otro elemento interviniente, en este escenario, lo constituye el hecho de que, en el proceso de almacenamiento de información y emisión de contenidos, la IAG pasa por dos instancias: una en la que se producen contenidos a partir de informaciones de libros, entrevistas, blogs y, de manera general, de todo lo que circula por Internet, y que, eventualmente, se le conoce como *red neuronal a imitación del cerebro humano*; y la otra, denominada *redes neuronales adversariales* o *red discriminatoria* —que tiene un rol de supervisión—, la que, en una primera aproximación, se define como un proceso de evaluación de la calidad en la emisión de los contenidos.

Sin embargo, el término “red discriminatoria” no tiene una definición única y precisa en el ámbito de la inteligencia artificial. Se utiliza de diversas maneras para referirse a diferentes aspectos de la discriminación algorítmica y los



sesgos en la IA. En general, es una red discriminatoria que se refiere a la capacidad de los sistemas, pero también pudiera usarse para perpetuar o amplificar la discriminación existente en la sociedad. Esto puede ocurrir introduciendo sesgos en los datos de entrenamiento, porque los sistemas de IA se entrenan con grandes cantidades de datos y, si estos datos contienen sesgos, es probable que el sistema de IA también los reproduzca o los amplifique.

De hecho, la cuestión fundamental es que toda esta tecnología se enfoca en un entorno de racismo estructural que forma parte del sistema-mundo; perpetuando, por lo tanto, patrones históricos de poder.

Enjambre colonial contra la soberanía de los pueblos

Un *estado del arte* referente a la relación entre la IAG y las relaciones de poder, que buscan **colonizar para dominar**, creando una comunidad digital que sume pobladores a la *peste del olvido* de los conocimientos y las costumbres ancestrales, me permitió llegar a autores y a autoras como el filósofo contemporáneo Byung-Chul Han¹, quien tiene obras vinculadas sobre este tema y viene publicando desde el año 2014.

Kate Crawford, con su *Atlas de la IA*², en el cual plantea las complejidades de la inteligencia artificial desde

-
- 1 Byung-Chul Han (Seúl, Corea del Sur, 1959) es un filósofo y teórico cultural surcoreano que vive en Alemania. Es conocido por sus críticas a la sociedad contemporánea y su análisis de los efectos del capitalismo y la tecnología en la vida individual.
 - 2 Kate Crawford es una investigadora australiana que trabaja en la intersección de la ciencia de datos, la inteligencia artificial (IA) y las ciencias sociales. Su libro *Atlas de la IA* (2019) es un libro que explora



una apreciación que sigue el orden de ideas de lo que planteamos en este ensayo: la IAG es producto de sistemas sociales y políticos existentes, que pretende imponer, en *el común*, la percepción de que es una tecnología neutral y autónoma, negándose a revelar su profunda interconexión con el poder, la política, las dinámicas sociales, y que cuyo desarrollo obedece a las estructuras de poder y la preservación de las desigualdades preexistentes. Esto pone en evidencia los sesgos que están integrados en la IAG; porque, al no ser objetiva, sus contenidos reflejarían y amplificarían los sesgos presentes en los datos utilizados para entrenarla y, en consecuencia, conducir a la discriminación y la marginación de ciertos contenidos y grupos sociales.

Shoshana Zuboff³ ha expuesto sobre lo que significan las tecnologías de la información y la comunicación y, muy importante, la intencionalidad detrás de su uso. Es autora del libro *La era del capitalismo de la vigilancia* (2019). Para esta autora, con trabajos en el campo de la sociología organizacional y la economía digital, somos dependientes digitales y vivimos aturridos por la fiebre de la comunicación, de modo que permanecen en silencio las voces que pudieran ser de resistencia. De acuerdo con esta autora, el capitalismo de la vigilancia pasa de centrarse en los usuarios individuales a centrarse en las poblaciones y, finalmente, en la sociedad, en su conjunto. Sostiene que ya no basta con automatizar los flujos de información sobre nosotros y que el objetivo ahora es automatizarnos, a

el impacto social y político de la IA. En él, Crawford aboga por un enfoque más crítico y reflexivo de la IA, que tenga en cuenta sus posibles consecuencias negativas.

- 3 Shoshana Zuboff es una socióloga y profesora estadounidense reconocida por sus investigaciones sobre la influencia de la tecnología en la sociedad. Es autora de varios libros influyentes, incluyendo *En el umbral de una nueva era* (1988) y *La era del capitalismo de la vigilancia* (2019).



través de procesos cuidadosamente diseñados para producir ignorancia, eludiendo la conciencia individual y eliminando, así, cualquier posibilidad de autodeterminación; y que, de acuerdo con la ciencia de datos, los algoritmos pueden diseñar el contexto en torno a un comportamiento particular y forzar el cambio de esa manera.

Coinciden los autores consultados en que, entre otros elementos, hay una manipulación del concepto y esencia de la *libertad*. Desde una mirada crítica, evidencian la penetración de una tecnología dirigida a crear una ciudadanía digital mundial, que —penetrando en las esferas íntimas de las personas, como imperativo que las individualiza, en su relación con la máquina, y bajo una orientación capitalista— maximiza necesidades y deseos, y convierte la libertad en una pseudolibertad, en un instrumento útil a este modelo económico y de vida, que se propone configurar gente concentrada en sí misma y, por tanto, aislada de lo comunitario.

Para Han, las tecnologías nos han persuadido de que somos libres, aunque, realmente, tal libertad no exista y, hoy, seamos más esclavos que antes, por el uso de una tecnología, que cosifica⁴ y que es una herramienta que impone un sistema feudal en el siglo XXI: labrando en sus tierras, producimos datos valiosos, a los cuales ellos, luego, le sacan provecho, no solo para uso comercial, sino por el interés colonizador que tienen sus creadores y promotores. El análisis que realiza Han denuncia cómo la tecnología de la sociedad moderna/capitalista está diseñada (y es utilizada) para manipular, seducir e influir en las emociones, creencias y comportamientos individuales; pero también sociales,

4 Han lo expone en obras como *Psicopolítica* (2015), *La sociedad del cansancio* (2014), *La sociedad de la transparencia* (2013) y *En el enjambre* (2013).



con el fin de lograr objetivos afines a sus intereses. Así, vemos cómo los sistemas de inteligencia artificial generativa invaden todos los espacios vitales y se orientan a reconfigurar las subjetividades, sus relaciones, identidades y prácticas. La IAG es un elemento fundamental para la constitución de eso que Han denomina *psicopolítica*, aquel sistema de dominación que emplea elementos de la psicología y utiliza un poder seductor (la “magia” de la tecnología), que consigue que la gente se someta, por sí misma, al entramado de dominación.

En este escenario de construir una ciudadanía digital planetaria, como modalidad invasiva del proyecto de dominación mundial, la idea de la unión/integración, a través de la convivencia y del reconocimiento de lo que nos une como región latinoamericana y caribeña, entra en conflicto si se pierde la conciencia del entorno, el sentido de la realidad contigua y si profundizamos en la alienación que trae consigo la colonización cognitiva y afectiva.

Cierto es que los avances logrados en los sistemas de inteligencia artificial, con el objetivo de emular la inteligencia humana, han demostrado, sin lugar a duda, una capacidad computacional significativa: una destreza “superior” a la humana, en lo que José Antonio Marina denomina *inteligencia computacional*, en su *teoría de la inteligencia creadora*. Estos sistemas están diseñados para resolver problemas complejos; una característica, por excelencia, del intelecto humano. Mediante la utilización de redes neuronales y técnicas de aprendizaje profundo, han desarrollado la capacidad de aprender, lo que refleja otro aspecto fundamental de la función cognitiva humana. Los sistemas de inteligencia artificial demuestran una aptitud excelente para reconocer patrones a un ritmo que supera, con creces, las capacidades humanas.



Por último, en este estado de la cuestión, no podemos dejar fuera la acción de la racialización algorítmica de la IA y la IAG, como procesos mediante los cuales se asignan características y cualidades favorables o desfavorables con base en la categoría étnico-racial con la que se nos identifica (persona negra, gitana, blanca, indígena, asiática, árabe).

Con respecto a este tema, llegamos a las referencias de autoras como Safiya Umoja Noble, autora del libro *Algoritmos estocásticos y la reproducción de la desigualdad racial* (2018). Ella explora cómo los algoritmos estocásticos, utilizados en una amplia gama de aplicaciones de inteligencia artificial, pueden perpetuar y amplificar las desigualdades raciales existentes.

Cathy O'Neil, autora del libro *Armas de destrucción matemática: Cómo los grandes datos aumentan la desigualdad y amenazan la democracia* (2016), analiza cómo los algoritmos utilizados en la toma de decisiones automatizadas pueden perpetuar y amplificar las desigualdades existentes en la sociedad, particularmente en áreas como la justicia penal, la educación y el empleo.

Ruha Benjamin, autora del libro *La nueva vigilancia: Cómo la Policía y el Estado nos vigilan a nosotros y a nuestros hijos* (2019), analiza cómo los algoritmos de la IAG pueden perpetuar y amplificar las desigualdades raciales existentes y pueden conducir a la discriminación, a la injusticia y al control social.

En este estado del arte, se ha evidenciado que la IAG, lejos de ser una herramienta neutral, puede reforzar y amplificar las estructuras de poder existentes, o incluso, crear nuevas formas de desigualdad y discriminación. Dicho de otro modo: es una forma de colonización e imperialismo.



La intención de dominación globalizadora en el contexto de la psicopolítica

El proyecto de dominación globalista actual —expresado a través de la dominación imperial en la era digital— deja ver lo que plantea el filósofo surcoreano, con vida profesional en Alemania, quien en sus libros —particularmente en *En el enjambre* (2013), *La sociedad del cansancio* (2014) y *Psicopolítica: Neoliberalismo y técnicas de poder* (2015)— estudia cómo el poder, en la era digital, se ejerce no a través de la fuerza o la coerción, sino a través de la manipulación psicológica y la autoexplotación. Han argumenta que el neoliberalismo ha creado una sociedad en la que los individuos se convierten en sus propios explotadores, impulsados por una lógica de rendimiento y competencia constante, que los convierte en seres solitarios, a quienes no les interesa vivir en comunidad. Han argumenta lo siguiente:

- El poder psicopolítico constituye un nuevo tipo de poder que opera a través de la internalización de normas y valores neoliberales. Los individuos se someten voluntariamente a la lógica del mercado, asumiendo la responsabilidad de su propio *éxito* o *fracaso*.
- La sociedad neoliberal produce individuos exhaustos y deprimidos, atrapados en una espiral de autoexplotación y búsqueda de reconocimiento. Se constituye, así, una *sociedad del cansancio*, en la cual el individuo solo tiene un compromiso consigo mismo y, por tanto, no está muy interesado en lo que sucede más allá de su espacio vital.
- Hay una desaparición de lo público [ni hablar de lo comunitario], a través de una individualización



extrema promovida por el neoliberalismo y que erosiona los espacios públicos y la solidaridad social.

Un elemento clave que se destaca en el análisis de este autor es **la idea de que la colonización del alma es uno de los objetivos de la tecnología reciente**. El poder la coloniza al invadir su esfera privada y manipular sus deseos y aspiraciones.

Si bien Han no se enfoca directamente en el tema del imperialismo, en el libro al que estamos haciendo referencia —de hecho, cuando lo escribió no se había masificado la IAG—, sus reflexiones nos permiten agregar más elementos para la comprensión y el análisis de las estrategias de dominación utilizadas por los poderes imperiales, en la era digital, a través del control de la información, porque esta opera con fuerza: los poderes imperiales controlan el flujo de información y las narrativas dominantes, influyendo en la percepción de la realidad y la opinión pública; además de que la vigilancia a través de las tecnologías digitales les permite a los poderes imperiales controlar a las poblaciones, mediante la recopilación de datos personales y el monitoreo de sus actividades en línea.

Asimismo, los poderes imperiales promueven la homogeneización cultural a través de las tecnologías digitales; de allí que constituyan una amenaza para la diversidad cultural y la identidad local. Frente a estas amenazas, los pueblos tienen el imperativo categórico de unirse, como mecanismo de resistencia ante los poderes imperiales y sus políticas de dominación. ¡La independencia solo ha de ser posible si tiene carácter cultural! Por encima de la soberanía tecnológica, hay que contar con una soberanía cultural;



porque la modernidad ha colonizado no solo nuestras agendas, sino también nuestras aspiraciones de vida.

Necesario es impulsar proyectos educativos, editoriales y tecnológicos, de circulación regional, contextualizados en el pensamiento de autores y autoras que, desde la desobediencia epistémica, fundamenten un “*campus conceptual*”, a partir del cual pensemos, como sujetos históricos y actores políticos latinoamericanos y caribeños; particularmente, como pensadores y pensadoras del mundo que, desde lo individual/colectivo y en comunión con la periferia de los oprimidos del mundo, podamos romper con el pensamiento hegemónico. Se debe revelar un discurso disruptivo, beligerante e insurrecto, que promueva la unión, no desde los gobiernos opuestos a procesos de defensa de la soberanía y sus *influencers*, sino que se haga desde las bases poblacionales; es decir: profundizar en una concepción hegemónica desde las personas en sus propios territorios, pero sin perder de vista las posibilidades de la integración.

Se trata de generar otro conocimiento, un conocimiento emergente, que ciertamente existe, pero no es aceptado ni reconocido por la concepción universalista del conocimiento. Por ello, hablamos de seguir construyendo una desobediencia epistémica, donde converjan los anhelos de descolonización, el expansionismo cultural y la liberación política de los pueblos oprimidos del planeta, otra episteme... otro conocimiento que dé cuerpo a la unidad en la región.

El pensamiento de Han ofrece una perspectiva crítica sobre el ejercicio del poder en la era digital, revelando cómo los individuos son manipulados y explotados en nombre de “la libertad” y “el progreso”. Sus ideas nos resultan útiles para comprender —en profundidad— la intención de las estrategias de dominación utilizadas por los poderes



imperiales en el contexto global actual y la IA que viene a potenciar, de manera particular, la afectación a la natural integración/unión que, aunque con algunos contratiempos, se viene construyendo en la región.

Epílogo

Las razones para la unión en tiempos de IAG

De acuerdo con los principios de ALBA-TCP, la unión que se requiere supera los términos de una simple alianza formal: demanda una unión orgánica y profunda, basada en la comprensión mutua, el respeto por la diversidad y la búsqueda de objetivos comunes y esenciales; una unión basada en la gente, que fortalezca la identidad y la cultura de nuestros pueblos, desafiando las narrativas hegemónicas.

Los pueblos de América Latina y el Caribe han sido, históricamente, excluidos de los procesos de toma de decisiones, a nivel internacional y mundial, y han sufrido las consecuencias de la explotación, la discriminación y el colonialismo cultural; situaciones estas que podrían potenciarse con contenidos que circulan por las redes o por los emitidos desde modelos de IAG que, de acuerdo con los fines de dominación de grupos de poder hegemónicos, estarían sesgados.

Ubicados en este contexto, apreciamos que el principio de la unidad en la defensa de la identidad y la cultura es fundamental para fortalecer los procesos de liberación de los pueblos. Es un principio cuya intención constituye una contribución a la construcción de una sociedad más justa y pluralista, y que se ve, hoy, amenazado por una fuerte ofensiva imperial de retoma de posiciones sobre el territo-



rio nuestroamericano y sus seres humanos; que no es solo por la disminución del apoyo a los valores e instituciones democráticos y el resurgimiento del autoritarismo, el auge de movimientos y partidos de extrema derecha y la desigualdad e inseguridad, sino por el impacto de mecanismos de la psicopolítica que, como bien lo plantea el filósofo Byung-Chul Han, tiene que ver con lo que le sucede al sujeto (y la *sujeta*) que, como seres humanos, constituyen el motor de la integración/unión y que estarían sometidos a procesos de recolonización, a través de las redes sociales y la inteligencia artificial generativa, que, como *caballos de Troya*, actúan, con eficiencia, en la psiquis, imponiendo prácticas de homogeneización y encierro, generadas por los centros de poder mundial.

Se hace urgente activar posibles futuros ucrónicos emancipadores en los procesos de integración latinoamericana, lo que consiste en investigar qué experiencias pasadas fueron anunciadas, pero no se implementaron, para pensar y diseñar posibles futuros alternativos, que representen una liberación o emancipación de las estructuras actuales de poder y opresión que amenazan a la región y sus posibilidades de integración.

En este sentido, desde ALBA-TCP, podrían generarse líneas de investigación que incursionen en áreas que, apostando a la integración/unión y con apoyo financiero a investigadores e investigadoras, se puedan producir y difundir conocimientos desde una ruptura epistemológica que, luchando en el mismo territorio contra el capitalismo, incida en todos los espacios políticos, culturales, educativos y de formas de vida de la región.

Desde ALBA-TCP, debemos hacer énfasis en el principio de unidad para la defensa de la identidad y



la cultura, en lo que nos junta como región; es decir: profundizar en el propio sentido de lo que somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos, como seres con sentido y dadores de sentido de todo lo que nos rodea. Ello significa responder frente a la pretensión de homogeneización cultural, cuya intención es la de responder a una ciudadanía digital mundial, a una homogeneización del mundo, a una visión única, desconociendo, por ejemplo, saberes y otros modos de existencia, incluyendo los ancestrales.

Bajo estas circunstancias, es obligante, desde lo personal y colectivo, producir nuestros propios contenidos e integrarlos a la red para crear espacios de diálogo, de debate, de reflexión, que contribuyan a nutrir la unión del continente y demás Sures globales, para construir consensos y objetivos comunes de los pueblos que luchan por su liberación.

Referencias

- Crawford, K. (2019). *Atlas de la IA*. Barcelona: Gedisa.
- Han, B.-C. (2013). *En el enjambre*. Barcelona: Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2014). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2015). *Psicopolítica: Neoliberalismo y técnicas de poder*. Barcelona: Herder Editorial.
- Marina, J. A. (2016). *Teoría de la inteligencia creadora: La aventura de la mente en el siglo XXI*. Barcelona: Anagrama.
- Noble, S. U. (2018). *Algoritmos estocásticos y la reproducción de la desigualdad racial*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- O'Neil, C. (2016). *Armas de destrucción matemática: Cómo los grandes datos aumentan la desigualdad y amenazan la democracia*. Madrid: Capitán Swing.



Sigman, M. y Bilinkis, S. (2023). *Artificial*. Barcelona: Debate.
Zuboff, S. (2019). *La era del capitalismo de la vigilancia*.
Barcelona: Paidós.





En un mundo envuelto en una crisis existencial, América Latina y el Caribe se vuelven a enfrentar con su propio destino: la unidad como principio y como proyecto político ineludible, aquí y ahora, tal como la soñó y la dibujó el Libertador Simón Bolívar, desde las llamadas *independencias nuestras*, en el siglo XIX.

Hoy, la unidad continental se erige —igual que en las batallas de ayer—, como camino y fortaleza, contra un sistema imperial que apuesta todo el arsenal de pertrechos (tácticos, estratégicos, ideológicos y míticos) que ha acumulado —cultural e históricamente— para evitar su estrepitoso desmoronamiento.

En este punto de inflexión, en el que se ha desdibujado, aceleradamente, la viabilidad no solo del capitalismo, sino de su horizonte cultural (la modernidad) y de su concepción de *desarrollo*, resulta fundamental pensar acerca del sentido histórico de la unidad como camino necesario para la liberación; pero también como requisito estratégico para responder, con alternativas revolucionarias adscritas a las configuraciones de un mundo multipolar, ante la agresión imperial y un sistema-mundo en permanente reinención y tránsito.

En esa línea de pensamiento, este libro comparte algunas aproximaciones, reflexiones y propuestas para una lectura de la unidad con horizonte de sentido histórico, dirigida a los pueblos que asumen la defensa de la vida como el criterio ético ineludible para un cambio civilizatorio.

